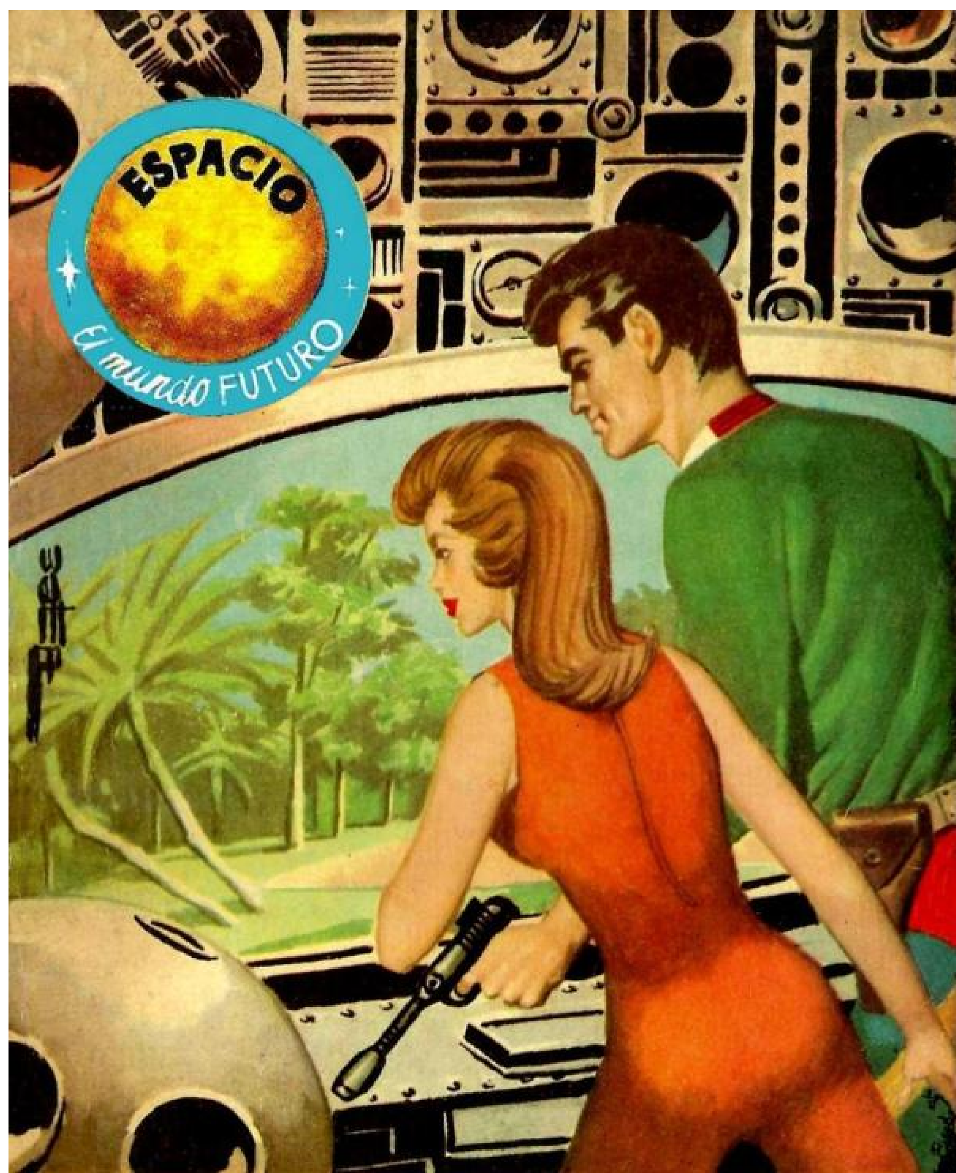


LA GUARDIA SOLAR

CLARK CARRADOS

Como contestación al extinguido bramar de los chorros, el viento aulló lúgubremente, arremolinando la arena en torno a los edificios situados a un par de millas de distancia del punto de aterrizaje. Un soñoliento individuo, en cuya mugrienta blusa se veían las divisas del servicio de comunicaciones, se acercó a la ventana, escupiendo desdeñosamente por un colmillo.

—¡Vaya! —Comentó en tono despectivo—. Sim, ¿puedes creer que todavía hay tontos que quieran aterrizar aquí?

El ocupante de la estancia no se encogió de hombros, porque su postura, la cabeza en el asiento del diván y los pies apoyados en la pared, se lo impedía. Ni siquiera se molestó en volver el rostro para averiguar quiénes eran los que acababan de llegar.



Clark Carrados

La guardia solar

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 180

ePub r1.0
LDS 03.05.19

Título original: *La guardia solar*
Clark Carrados, 1960
Cubierta: Manuel Brea
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




LA GUARDIA SOLAR

CAPÍTULO PRIMERO



entamente, pero con menor suavidad de la que hubiera sido de desear, la colosal astronave descendió, frenada por miles de caballos de fuerza que bramaban alborotadoramente al salir por las toberas impulsoras, hasta posarse, después de unos cuantos escarceos, sobre el polvoriento suelo del astropuerto.

Como contestación al extinguido bramar de los chorros, el viento aulló lúgubremente, arremolinando la arena en torno a los edificios situados a un par de millas de distancia del punto de aterrizaje. Un soñoliento individuo, en cuya mugrienta blusa se veían las divisas del servicio de comunicaciones, se acercó a la ventana, escupiendo desdeñosamente por un colmillo.

—¡Vaya! —Comentó en tono despectivo—. Sim, ¿puedes creer que todavía hay tontos que quieran aterrizar aquí?

El ocupante de la estancia no se encogió de hombros, porque su postura, la cabeza en el asiento del diván y los pies apoyados en la

pared, se lo impedía. Ni siquiera se molestó en volver el rostro para averiguar quiénes eran los que acababan de llegar.

—Déjalos —masculló, pegando una sonora chupada a la botella de cerveza que tenía en la mano—; de alguna forma hay que morir.

—Pues tú bien tratas de conservarte en alcohol, Sim. —Rezongó el otro.

De pronto soltó una exclamación.

—¿Qué ocurre?—. Preguntó el llamado Sim, continuando en su postura.

No obtuvo contestación.

El primero de los que habían hablado corrió hacia una de las mesas que había en la habitación. Abrió un cajón y sacó de su interior un par de poderosos binoculares, volviendo luego a la carrera hacia la ventana.

Durante unos segundos observó atentamente a los hombres que, en número de diez o doce, descendían de la nave. Después, sus labios se abrieron para dejar paso a una soez interjección.

—¿Querrás explicarte de una vez, Triol? —Gruñó Sim.

Terminó la cerveza e inmediatamente el plástico de la botella comenzó a auto disolverse.

Su amigo exclamó:

—¡Míralos, Sim! ¡Son de la Guardia Solar!

Sim se levantó de un salto. Corrió hacia la ventana y arrebató los prismáticos de las manos de Triol.

Unos segundos más tarde ordenaba:

—Triol, llama inmediatamente al Centro y participa la novedad. Una patrulla de la Guardia Solar acaba de llegar. Añade que, de momento, no sabemos nada más, excepto que su número no sobrepasa la docena y que en cuanto podamos completaremos la información.

Triol corrió a cumplimentar la orden. Mientras tanto, el coronel Telvin Amrias, jefe del LXXI Regimiento de la Guardia Solar, contemplaba con ánimo decaído la docena escasa de hombres que, formados rígidamente en fila, tenía frente a sí.

—Descansen, muchachos —dijo, y al instante la tensión que había se relajó—. Fumen un cigarrillo mientras llega la «Wilt & Sauyer».

Él mismo encendió un pitillo, contemplando con ojos entornados

y crítica expresión el azulado cielo que tenía sobre su cabeza, y en el cual brillaban con implacables fulgores los dos soles que alumbraban aquel planeta.

Hubo unas cuantas frases y risotadas a media voz y, de repente, un fogonazo más brillante que los dos soles estalló en las alturas.

El cigarrillo se quebró en las manos del coronel.

Su rostro, curtido y tostado, se endureció repentinamente, en tanto enmudecían.

Alguien carraspeó tímidamente.

—¡Ejem…! La «Wilt & Sauyer» ya no llegará, señor.

Los restos del cigarrillo cayeron al suelo, sobre la arena. Telvin bajó los ojos y se enfrentó de nuevo con sus hombres.

Por unos momentos contempló los raídos y deslucidos uniformes, que unos meses antes habían brillado con impolutos resplandores. Ahora los galones estaban deslucidos por el continuo uso y hasta el «eternylon», tejido que se suponía no se gastaba nunca, aparecía deshilachado y harapiento en algunos lugares.

Sólo había una cosa limpia en todos aquellos hombres: sus pistolas cósmicas, de auto carga solar, capaces de barrer a un hombre con sólo una presión de cien gramos de fuerza sobre el disparador. El resto de la indumentaria parecía, incluida la del propio coronel, salido de la tienda de un ropavejero.

—Efectivamente —dijo con voz átona—: la «Wilt & Sauyer» ya no llegará.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Pero nosotros —añadió el coronel— todavía tenemos algo que hacer. Todavía somos miembros de la Guardia Solar y hemos de demostrarlo. Mientras nos quede un hálito de vida enseñaremos al mundo galáctico que el juramento que prestamos al Emperador Tiwol XXII es algo más que una simple fórmula, algo tan sólido y tangible como un cable de acero y tan duradero como éste.

—Perdón, señor —dijo el sargento Horni—, pero ¿cree usted sinceramente que el Emperador nos necesita?

Las facciones del coronel se endurecieron.

—No conozco, en la Historia del Imperio, ningún emperador que

no haya necesitado, tanto en sus momentos más florecientes como en los más apurados, de los servicios de la Guardia Solar. Y si un momento apurado hay, es éste que estarnos viviendo.

Un guardia levantó la mano.

—¿Coronel Amrias?

—Diga, soldado Eris.

—Dispénseme, señor. Nunca hemos discutido sus órdenes y las hemos acatado siempre sin rechistar. Pero ahora la pregunta que todos nos formulamos es: ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Iré a ver al Emperador, a ponerme a sus órdenes y pedirle instrucciones. El Imperio está en un grave trance y es preciso que aunemos los esfuerzos de todos si queremos salvarlo.

—¿Quiere eso decir que nosotros, doce hombres en total, somos los que vamos a emprender esa hazaña… propia de chiflados o de individuos reñidos con las ganas de vivir?

—¡Soldado Eris! —exclamó el coronel, poniéndose rígido. Sus pupilas resplandecieron, pero éste fue el único signo que indicaba que la cólera llenaba su pecho—. Las circunstancias son extraordinarias y por ello no tomo con usted las medidas Que reglamentariamente corresponderían a un culpable de insubordinación. Sin embargo, sí puedo decirle una cosa: si no está conforme con mi forma de actuar, puede marcharse inmediatamente. Nadie le detendrá ni le pondrá el menor obstáculo para que pueda irse donde se le antoje.

»Y los demás —agregó, elevando aún más la voz— están también libres de hacer lo que deseen. No quiero retener a nadie a mi lado contra su voluntad. Yo pienso ir a ver al Emperador y pedirle instrucciones. El Imperio puede ser salvado; ésa es mi opinión y, por mi parte, combatiré por él hasta derramar la última gota de sangre. Solo o con un millón de hombres detrás, pero combatiré.

Telvin no dijo más. Giró hacia su izquierda y, sin volver la vista, emprendió el camino hacia las lejanas edificaciones del astropuerto en donde pensaba hallar un vehículo que le transportase hasta la capital.

Un segundo más tarde sus oídos fueron asaltados por un feroz tumulto, al mismo tiempo que diez hombres se le arrojaban encima, impidiéndole caminar.

—¡Estamos con usted, coronel!

—Iremos donde quiera.

—¿Por qué no degüella a ese cerdo de Tiwol y se proclama Emperador en su lugar?

—¿Qué haríamos sin usted, coronel?

—Sólo usted puede sacarnos con bien de cualquier situación apurada o peligrosa en que nos encontremos.

Íntimamente satisfecho, pero sin demostrarlo al exterior, Telvin levantó ambas manos.

—¡Calma, muchachos, calma! —Y cuando el estrépito de protestas de lealtad se hubo calmado un tanto, continuó—. Gracias por vuestras demostraciones. Eso me ha dado a entender que todavía seguís perteneciendo a la Guardia Solar…, aunque vuestros andrajos no lo demuestren.

Hubo una explosión de risitas comprimidas.

—El hábito no hace al monje, coronel. Seguimos siendo los mismos —dijo uno.

—Eso es lo que más me agrada de todo —dijo Telvin—. Bien, vamos hacia allá; hemos de buscar un medio de transporte para poder llegar a la capital.

Echaron a andar. A medida que caminaban, un íntimo sentimiento de disgusto y decepción se iba apoderando de Telvin. No hacía aún dos años, aquel astropuerto era el centro de un floreciente emporio de riqueza y comercio, en el que las naves imperiales iban y venían constantemente, portadoras de personas y mercancías en cantidad incalculable, provenientes y con destino a todos los puntos de la Galaxia. Ahora… la arena empezaba a cubrir el vitrificado suelo de los terrenos de aterrizaje y pronto el astropuerto no sería apenas más que un recuerdo en la memoria de las gentes, convertido en un árido e inhóspito desierto.

La arena había cubierto también los numerosos accesos a los subterráneos que conducían a los servicios auxiliares del astropuerto y por donde se efectuaba el transporte con objeto de rehuir las llamaradas de los tubos de escape. Posiblemente, Telvin hubiera encontrado uno, pero no tenía ganas de molestarse, sabiendo que no iba a morir abrasado por ninguna nave en su despegue o aterrizaje.

Media hora más tarde se encontraban al pie de la torre de

control. Una expresión de lástima apareció en el rostro de Telvin cuando vio puertas abiertas y vidrios astillados sin que nadie, al parecer, se cuidara de renovarlos. Incluso la arena se había colado al interior, invadiendo parcialmente los muebles y la decoración de las salas de espera y recepción.

Dos hombres salieron a recibirles. Otro nuevo motivo de disgusto para el joven: sus ropas, estaban tan sucias como las suyas y les hacía falta una urgente sesión de barbería. Pero esto que hubiera podido comprenderse en su caso, ya que había pasado últimamente largos meses patrullando en el espacio, no lo era tanto en el de aquel par de individuos.

—¡Hola! —dijo uno de ellos negligentemente.

El otro ni saludó.

—Soy el coronel Telvin Amrias, de la Guardia Solar —saludó el joven—. ¿Tienen ustedes un vehículo que pueda transportarnos a mí y a mis hombres hasta la capital?

Los dos empleados del astropuerto se miraron con expresión burlona.

—Triol, ha dicho un vehículo —dijo uno de ellos con sarcasmo no disimulado.

—Sí, una cosa que anda por medios mecánicos.

—Triol se rascó la cabeza y añadió: —Antiguamente…

—Por favor —cortó el joven secamente—, díganme si lo tienen o no. Es de vital importancia que vaya a ver al Emperador Tiwol.

—¿Le está esperando, coronel? —inquirió Sim, hurgándose los dientes con una astilla.

—No tengo que darles a ustedes ninguna explicación más. Si no tienen el vehículo…

—¡Eh, poco a poco, coronel! ¿Qué ocurriría si lo tuviéramos?

—Servicio del Imperio. Se lo tomaría y más tarde me encargaría de que se lo devolviesen.

—¡Servicio del infierno! —masculló Triol enérgicamente—. ¿Quién se ha creído que es, coronel? Quiere ir a la capital, ¿verdad? —Extendió el brazo y dijo—: Pues bien, ése es el camino. Sígalo y a cincuenta millas de aquí tiene…

Una vena se hinchó en la frente de Telvin. SI Triol le hubiera conocido habría rebajado de inmediato la calurosa temperatura de sus palabras. Pero, como no sucedía tal cosa, continuó con sus

desvaríos verborreicos.

—¡La Guardia Solar! —resopló con desprecio—. ¡Partida de mercenarios que viven de chuparle la sangre a los ciudadanos del Imperio! Eso es lo que pienso yo de ustedes, coronel. Y ahora, si quieren ir a la capital, vayan a pie. O sobre las manos, me es igual, ¿comprenden?

—¿Ha terminado usted? —preguntó Telvin.

Una mueca desdeñosa se dibujó en los labios de Triol.

—Yo sí. Pero ahora le toca el turno a mi compañero. Sim, ¿no tienes nada que decir a esta partida de granujas?

—El doble de lo que tú has dicho, Triol —contestó con tono casual el aludido.

Triol soltó una estrepitosa carcajada.

—Ya lo ha oído, coronel. —Y de repente, su tono se endureció—: ¡Fuera de aquí donde no les queremos, enjambre de vagos!

Telvin se dijo que las cosas debían de marchar muy mal en el imperio para que un vulgar empleadillo se atreviese a injuriar de tan atroz manera a un miembro de la Guardia Solar. Tan sólo unos meses antes, el tipo aquel se hubiera precipitado al suelo para limpiarlo incluso con la lengua y que él no se manchase la suela de sus botas al caminar… y ahora…

—¡Sargento Horni! —llamó.

—¡A la orden, señor!

—Tome un par de hombres y registre todos los edificios en busca de un vehículo que pueda llevarnos a la capital. En el momento en que lo haya encontrado, apodérese de él y luego libre un recibo provisional en nombre del Intendente de la Guardia a estos pillos.

—¡Sí, señor! ¡Turfoy, Sander, vengan conmigo!

Dos hombres se destacaron. Triol dio un paso adelante y lateral.

—¿Dónde van ustedes?

Telvin se retiró a un lado y, con estudiada negligencia, se apoyó en la pared al mismo tiempo que se cruzaba de brazos.

El sargento Horni sintió clavadas sobre sí las miradas de su coronel y con esto supo lo que se esperaba de él. Apretó los dientes.

—¡Apártese, ciudadano! —dijo.

—No lo haré por mi propia voluntad —declaró tozudamente Triol.

Una dura sonrisa apareció en el rostro del sargento.

—Muy bien —dijo—: le libraré de sus responsabilidades —y disparó su puño derecho.

Triol se dobló hacia adelante, con un rictus de agonía en sus labios. Inmediatamente, la mano del sargento cayó sobre su nuca y el individuo se desplomó al suelo convertido en una masa.

Sim trató de protestar, pero al ver la fría expresión de los ojos de Horni se retiró amedrentado.

—Si tiene alguna reclamación que hacer, vaya a ver al Intendente de la Guardia —gruñó Horni con tono feroz—. Vamos, muchachos.

Un cuarto de hora más tarde, el sargento volvía pilotando un pesado transporte de carga, vacío en aquellos momentos. Detuvo el vehículo al lado del edificio y, sin moverse de su sitio, se llevó la mano a la visera de su gorra metálica.

—Cuando usted quiera, señor —dijo.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Telvin.

—Muy bien, sargento —dijo, y trepó al asiento vacío que había junto al del conductor.

Los demás soldados subieron apresuradamente, en medio de risas y bromas, a la zaga, al lugar destinado a las mercancías.

Horni arrojó un papel al suelo.

—¡Ahí tenéis el recibo, sinvergüenzas! Éstos son otros tiempos; de otro modo, no os habríais atrevido a tratar así a una patrulla de la Guardia Solar.

Triol levantó el puño.

—Nos veremos —gritó furibundamente.

Horni le sacó la lengua. Después pisó el acelerador y puso en marcha el vehículo. Describió un semicírculo y soltó todo el gas, en tanto se dirigía hacia la autopista que conducía a la capital.

Una vez ya libres, el sargento comentó:

—Malos tiempos corren ahora, señor.

Telvin asintió.

—En efecto, sargento. El Imperio se tambalea sobre sus crujientes cimientos y estoy previendo una ruina total para dentro de muy poco si no surge una persona que tome las riendas de todo de una manera concreta, resuelta y definitiva.

—¿Dónde está esa maravilla, señor? —dijo Horni burlonamente.

Telvin no contestó, pues sabía que el sargento tenía toda la razón del mundo. Se reclinó en su asiento y, cruzando los brazos, dejó que su vista vagase por el espacio frontero, en tanto el vehículo rodaba hacia la capital.

CAPÍTULO II



l vehículo se detuvo a la entrada del Palacio Imperial. Telvin saltó al suelo y durante unos momentos contempló estupefacto el increíble espectáculo que se le ofrecía ante sus ojos.

Parpadeó. De no haberlo visto por sí mismo, no lo hubiera creído, aunque se lo hubiese jurado el propio Intendente. Pero era verdad.

Los dos centinelas del portón de la entrada estaban jugando tranquilamente a las cartas, con un mazo de mugrientos naipes que arrojaban sobre una manta tendida en el suelo. Sus fusiles neutrónicos yacían indiferentemente apoyados en la pared y sus cascos de brillante metal dorado habían rodado de cualquier manera por el suelo antes de detenerse.

Uno de los soldados levantó el ojo izquierdo y estudió con expresión crítica la partida de hombres que tenía frente a sí.

—Bueno —murmuró, arrojando las cartas—, vamos a ver qué

quieren estos latosos. Aguarda un momento, Ryss.

—Cuando quieras —murmuró el otro, recogiendo los naipes y comenzando a barajarlos.

Ryss se puso en pie. Miró con descaro a Telvin, al preguntarle:

—¿Desea algo, coronel?

Telvin procuró ocultar la cólera que la actitud del soldado le producía.

—¿Dónde está el oficial de guardia? —preguntó—. Soy el coronel Amrias y quiero ver a su Majestad.

—¡Su Majestad! —rió el soldado descaradamente—. Está bien, pase, pase. Búsquelo usted mismo; no tardará en encontrarlo… cerca de algunas faldas…

Los puños del coronel se crisparon. Por un momento vaciló, pero luego, resolviéndose, cruzó el umbral de la enorme puerta, seguido de todos sus hombres.

Sus ojos contemplaron con pena el espectáculo del frondoso jardín de palacio, completamente descuidado y lleno de suciedad por todas partes. Los estanques estaban llenos de un agua verdosa y maloliente, cuya superficie estaba cubierta de hojas muertas.

El pequeño grupo caminó siguiendo el sinuoso sendero enarenado que, en ligera pendiente ascendente llevaba al palacio.

Bruscamente, un ruido extraño alertó al joven. Llevó las manos a su pistola, pero no fue necesario que la usara.

Las ramas de un arbusto cercano crujieron sonoramente al ser apartadas con violencia. Una persona salió al sendero, riendo estrepitosamente y, al correr alocadamente, tropezó con el bordillo de piedra.

Era una muchacha, muy bonita y atractiva, y hubiera caído al suelo de no sostenerla los fuertes brazos de Telvin. Reía estrepitosamente y miró al joven sin cesar en sus risas.

—¡Caramba, qué hombre tan guapo! —exclamó—. ¿De dónde has salido, preciosidad?

Algunos de los soldados se echaron a reír. Ella les miró, guiñándoles un ojo.

—¿Este Apolo es vuestro jefe? Me voy a quedar con él, ¿oís?

En aquel momento los matorrales volvieron a abrirse de nuevo. Un hombre salió de entre la espesura y frunció el ceño al ver a la mujer abrazada a Telvin.

—Merva —gruñó—, ven acá.

—No —contestó ella—; estoy muy bien —y levantando la vista, volvió a guiñar el ojo, pero ahora mirando solamente al coronel.

Telvin carraspeó. Empujó ligeramente a la joven y la soltó.

—Es usted muy hermosa, señorita, pero creo que hay alguien que reclama su presencia.

Ella tanteó con la mano el brazo de Telvin.

—¡Fuertes músculos, caramba! Así me gustan a mí los hombres… ¡y no como este flojo de Andanar! ¡Eh, Andanar, ven aquí y verás a un hombre de una pieza!

—¡Merva! —gritó el otro—. ¡Es uno de la Guardia Solar!

La expresión de la muchacha cambió instantáneamente.

—¡La Guardia Solar! —exclamó en voz baja.

La risa se borró de sus facciones.

Telvin se inclinó galantemente.

—Así es, señorita. Soy el coronel…

Ella no le hizo caso. Se volvió hacia su compañero.

—¡Sácame de aquí, pronto!

Telvin se quedó mirando el camino hasta que la pareja hubo desaparecido. Entonces, con voz estrangulada, dijo:

—No tiene importancia, muchachos. Sigamos.

Reanudaron el camino. En más de una ocasión oyeron risas y voces entre la espesura, cosa que hizo fruncir el ceño al joven, pero no intentaron siquiera ver a los que producían aquellos ruidos. Continuaron su camino hasta desembocar en la gran explanada de acceso al palacio.

Subieron la enorme escalinata, antaño brillante como un espejo y ahora cubierta de polvo y hojas muertas. La entrada estaba abierta de par en par y, tomando beatíficamente el sol en los escalones, había unos cuantos soldados que miraron con aire indiferente a los recién llegados.

Atravesaron varias salas de gran tamaño. La aguda vista de Telvin captó al instante los huecos vacíos de las esculturas que antiguamente los habían llenado. Los muebles aparecían sucios y descuidados y, en general, el aspecto del edificio era de incuria y abandono.

Un hombre salió de repente por una puertecita lateral. Llevaba una tableta en la mano y tenía la vista fija en los papeles que había,

sujetos con una pinza al borde de la misma. Caminó abstraído hasta casi tropezarse con Telvin, el cual se había detenido para interceptarle el camino.

Entonces fue cuando el hombre vio una presencia extraña y levantó los ojos. Por unos momentos estuvo contemplando a Telvin con aire ausente; después su rostro se iluminó.

—¡Gran Espacio! —exclamó—. Si no me engaño, si mi vista no flaquea, tengo ante mí al famoso coronel Telvin Amrias.

Telvin se inclinó.

—El mismo, señor. Aunque no tengo el gusto de conoceros personalmente, me honra infinito el que una persona de vuestra calidad me colme de elogios.

—¡Bah, bah! —dijo el individuo—. Ahora el elogiado soy yo, coronel. Bien, ¿y qué viene a hacer por aquí?

—Excelencia —dijo el joven, enderezándose—, desearía hablar con el Emperador. Es decir —agregó—, si el ministro de Estado no tiene nada que oponer.

Horff Winster, ministro de Estado del Imperio, frunció el ceño.

—No, no tengo nada que decir. Por el contrario, estimo que vuestra visita habrá de ser muy oportuna. Venga conmigo, coronel.

Pero el joven no se movió.

—¿Qué le pasa, coronel? —inquirió Winster.

—Mis hombres… —empezó a decir el joven.

—¡Ah! Ya entiendo—. Sonrió el ministro—. Eso sólo lo haría una persona de vuestra talla. Bien, dígales que se dirijan a las cocinas de palacio. Siempre habrá allí quien les dé una tajada de carne y una botella de cerveza. Al menos hace un momento había de las dos cosas.

Telvin sonrió.

—Gracias, Excelencia. Sargento, ya ha oído usted. Vaya donde le indican y espéreme allí con todos los hombres hasta que les dé nuevas instrucciones.

Horni se llevó la mano a la visera de la gorra con rígido ademán.

—Sí, señor. Vamos, muchachos, síganme.

Winster alzó la voz.

—Sargento, diga también de mi parte que les proporcionen ropas limpias.

—Gracias, Excelencia; es usted muy amable.

Cuando los dos hombres se hubieron quedado solos, Winster apoyó su mano en el brazo del joven.

—Venga conmigo, coronel —sonrió amistosamente—. Creo que la Providencia le ha enviado en el momento más oportuno. Su Majestad se alegrará mucho de ver que todavía hay alguien, además de mí, naturalmente, que le es fiel. Venga, venga.

Atravesaron una sala más, subieron una amplia escalinata y, después de recorrer un gran pasillo, Winster se detuvo ante una puerta, que abrió.

—Por favor, coronel.

Telvin cruzó el umbral, seguido del ministro. Instantáneamente oyó una exclamación de enojo.

—¿Quién es? ¿Por qué demonios me interrumpen? —gritó alguien con chillones acentos.

Telvin se quedó a un metro de la puerta, rígido, inmóvil, con la gorra metálica en el hueco del brazo izquierdo. Frente a él, en el lado opuesto de la estancia, una mujer joven y bella se levantó presurosamente, arreglándose con nerviosos gestos el cabello.

—¡Winster, yo no te he mandado llamar!

El ministro se inclinó.

—Disculpadme, Majestad, pero las circunstancias…

—¡Al infierno con las circunstancias! ¿No podías haber venido en otro momento menos inoportuno? Y ese tipo ¿quién es?

Los ojos de Telvin recorrieron rápidamente la abotargada figura que tenía frente a sí, reclinada sobre un diván. Las adiposidades se escapaban por todas partes y los ojos estaban surcados por una gran cantidad de estrías rojas, en tanto que bajo los párpados se habían formado unas fláccidas bolsas.

«Y esto que tengo frente a mí es el muy noble y gallardo emperador Tiwol XXII», murmuró para sí, en tanto hacía una inclinación de cabeza.

—Majestad —dijo Winster con mansedumbre—, se trata del coronel Telvin Amrias, de la Guardia Solar.

Tiwol refunfuñó algo entre dientes. Luego dijo:

—¡Vete, Narka! Luego te llamaré.

Y después alzó la voz:

—Está bien; ¿qué es lo que quieren de mí?

Telvin se adelantó un paso.

—Majestad, he venido a ofreceros mis servicios.

—¿Tus servicios, coronel? ¿Y para qué rayos te necesito yo?

Telvin hizo acopio de fuerza de voluntad para no estallar.

—Majestad —respondió—, el Imperio se halla en un crítico momento. Zhadón, Tars, Bruter y otros sistemas se han separado y constituido Estados independientes. Holiwan, Rystela y Marwacia se agitan y murmuran contra vos. Hay también muchos sistemas más que desean su independencia. Tumultos y desórdenes se han producido en todas partes y la anarquía reina en el Imperio. Si no se le pone pronto remedio, dentro de muy poco tiempo esto será el caos. Todavía pueden arreglarse las cosas, pero es necesario obrar, y obrar rápidamente, con energía y decisión. De lo contrario, el Imperio se convertirá en un puñado de arena que se os deslizará de entre las manos antes de que podáis enteraros de lo que sucede.

En las acuosas pupilas de Tiwol brilló una chispa de temor.

—Winster —se quejó—; tú no me habías dicho nada de esto.

—Majestad, disculpadme, pero hace tiempo que os vengo previniendo. Lo que sucede…

—Lo que sucede —terció bruscamente Telvin, sintiendo un infinito asco en su interior—, es que nadie os ha hablado con tanta claridad como yo. Señor, dejadme actuar, concededme vuestro permiso. La Guardia Solar os es fiel. Ahora estamos desperdigados; pero, si me dejáis, reuniré hombres y naves en cantidad suficiente como para reducir a los revoltosos, y la paz y el orden, os lo garantizo, se restablecerán en todos los sistemas dependientes de vuestra corona.

—No… no sabía que las cosas estuviesen tan mal dijo Tiwol con voz débil, mirando a su ministro.

—Señor, quise ahorraros muchos disgustos y para ello me callé muchas cosas. Traté de arreglarlas, gobernando en vuestro nombre, pero ello no me ha sido posible. Carezco de vuestro prestigio y vuestra autoridad y…

Los ojos de Tiwol se volvieron hacia el joven.

—Coronel, ¿qué me aconsejas?

El rostro de Telvin se animó.

—Señor, sólo una cosa: vuestro permiso para actuar… ¡y vuestra presencia al frente de mis tropas! Así verán que sois vos mismo el que deseáis la paz y el orden en el Imperio. Así se desharán todos

esos infundios y bulos que corren acerca de vuestra persona. Así, en fin, verán que sois digno descendiente de los hombres que fundaron este Imperio, convirtiéndolo en el más rico y poderoso de la Galaxia. Quinientos sistemas, con más de doce mil planetas, dependen de vos. No hay otro Estado tan fuerte en toda la Galaxia, si se le sabe gobernar… y vos podríais hacerlo. De lo contrario… la ruina más absoluta caerá sobre nosotros. Dejad vuestro palacio y venid a luchar, señor.

Tiwol arrojó una medrosa mirada en torno suyo.

—¿Es eso lo que me propones, coronel? ¿He…, de ir yo contigo a la guerra?

—No es guerra exactamente, señor, sino una simple operación de policía y limpieza. Pero que todo el mundo os vea, que todos sepan que Tiwol XXII está al frente de sus soldados; que el Emperador quiere restablecer la paz y el orden y la tranquilidad y la prosperidad en el Imperio. Venid con nosotros, señor, y en cuestión de unos meses tan sólo el Imperio volverá a ser lo que era antes.

—Winster, ¿qué opinas tú?

—Señor —se inclinó el ministro—, las palabras del coronel son fogosas y ardientes, como corresponde a su impetuosa juventud; pero su escasa edad no le impide poseer la sabiduría de los ancianos. Seguid sus consejos, señor; ése es el que yo me permito daros.

Hubo una pausa.

—¿De cuántos hombres dispones, coronel?

—En estos momentos solamente de once, señor. Pero en el momento en que las unidades de vuestra guardia, que ahora están dispersas por ahí, se enteren de que os ponéis a su frente, conmigo como asesor, se reunirán en torno nuestro como bandadas de pájaros en época de migración. Nuestras naves obscurecerán los cielos y bastará nuestra sola presencia para reducir a los revoltosos.

—¡Once hombres! —balbució Tiwol.

—Sí, señor; pero son once hombres que saben pelear como diablos y que, además, están dispuestos a dar la vida por vos. —Continuó fogosamente el joven—. Venid con nosotros, Majestad; antes de un año habremos soldado las fisuras que amenazan derrumbar el edificio de vuestro Imperio.

—Pero yo… pero…

Telvin miró con infinita lástima al hombre que tenía frente a sí. Tiwol, ahora bien claro lo veía, era un hombre ganado por el vicio y la molicie, un hombre débil, irresoluto… cobarde incluso, que no merecía que sobre sus hombros descargase el peso de un Imperio antes temible y poderoso.

Pero él le había jurado fidelidad y Telvin era fiel a sus compromisos hasta la muerte. Su padre había sido comandante general de la Guardia Solar y había servido fielmente al padre de Tiwol y aun a éste mismo, hasta el momento de su muerte, un par de años antes. No, él no quebrantaría el juramento, a menos que alguien, específicamente, le relevase del cumplimiento del mismo.

—Señor, ¿qué decidís? —preguntó con anhelo.

Tiwol se retorció las manos. Telvin lo miró y vio que su adiposo rostro estaba cubierto de una fina película de transpiración.

—Os…, os daré el grado de general… Sí… —se animó el irresoluto— eso es. Coronel, a partir de ahora os nombro comandante general de la Guardia Solar y os concedo poderes y atribuciones absolutos para actuar en mi nombre. Winster, tú le darás carácter oficial el nombramiento…

—No es eso lo que os pido, señor —contestó el joven con firme acento—. No me interesan los ascensos. Quiero salvar al Imperio y…

Una voz le interrumpió. Firme, enérgica, perfectamente audible, pero en ningún momento chillona.

—¡No! —exclamó una mujer que acababa de aparecer inesperadamente sin que nadie lo advirtiera—. El Emperador no hará nada de lo que usted desea, coronel Amrias.

CAPÍTULO III



os tres hombres volvieron sus miradas hacia el lugar donde se encontraba aquella mujer.

Aunque Telvin no la había visto jamás en persona, no por ello dejó de reconocerla instantáneamente. Aquella cabellera del color del fuego, aquellos ojos azules como el interior de un témpano de hielo, aquella figura escultural envuelta en un corto vestido mitad túnica mitad saco, eran datos físicos que todo el mundo conocía perfectamente en el Imperio de Emfir a través de billones de reproducciones de todo género, movitográficas incluidas.

—Mi esposo no hará nada de lo que usted le está proponiendo, orgulloso terrestre. ¡Orgulloso y maldito terrestre!

—¡Helyssa! —protestó Tiwol—. ¿Qué es lo que estás diciendo? Repara en que el coronel Amrias es uno de mis más fieles y valientes servidores. Es el único que puede devolver…

—No me interesa lo que el coronel pueda devolverte, Tiwol —le cortó ella, con ojos fulgurantes por la excitación—. He escuchado

toda vuestra conversación y he deducido de ella algo que tú, pobre miope, no has sabido ver siquiera.

—Señora —se arriesgó a protestar el joven—, me está achacando intenciones que están muy lejos de…

—¡Cállese, coronel, y déjeme hablar a mí! Cuando yo haya terminado, le dejaré defenderse, pero no antes. Escúcheme y también tú, Tiwol. Y usted, Winster.

Las pálidas pupilas de la joven recorrieron con desdén el pequeño grupo. Tiwol estaba encogido en el diván, amedrentado y tembloroso. Telvin permanecía en pie, rígido, erguido, en tanto que Winster parecía hallarse a la expectativa, sin querer comprometerse definitivamente con un bando o con otro.

—En las proposiciones que usted le ha hecho al Emperador, coronel Telvin, hay un fondo que, astutamente, ha ocultado. Antes le llamé orgulloso y maldito terrestre. No rectifico. Para mí lo sigue siendo, porque usted, como todos los miembros de la Guardia Solar, son terrestres. Hombres duros y recios, pero con una sola ambición: el poder. Durante cientos de años han sido el soporte del Imperio. Los emperadores se han apoyado en la Guardia Solar, pretorianos del jefe del Estado, implacables y tenaces, atentos sólo al logro de sus ambiciones personales.

»Y ¿cuáles eran estas ambiciones? Se reducen a una sola: volver a ser terrestres. Si, hombres de la Tierra, un planeta que nadie sabe dónde está, ni nadie sabe si existe tan siquiera. En toda la Galaxia hay cien mil millones de planetas, pertenecientes a diez mil millones de sistemas. Pero sólo uno es el verdadero: el suyo, ¿no es cierto, coronel? De allí, según cuentan las tradiciones, salió la civilización actual. De allí salieron, hace cientos o miles de años, los hombres que se expandieron por todo nuestro universo galáctico, conquistándolo y llevando a todas partes su cultura y su civilización… ¡y su desenfrenada ansia de poder! …

»¡La Guardia Solar! Por eso le dieron su nombre: porque sus miembros, heredando los cargos de padres a hijos, cerrando estrechamente sus filas, no admitían en ella sino a hombres de probada ascendencia terrestre, discriminando rígidamente a todos los demás. Es cierto que sirvieron fielmente a los Emperadores, obedeciendo sin protestar sus órdenes y desempeñando el papel del más firme puntal de Emfir. Pero ¿por qué? Por una razón muy

sencilla: porque esperaban que un día u otro, el poder nominal, ya que el efectivo no les bastaba tan sólo, volviera a ellos: a los hombres cuyos antepasados habían nacido en ese insignificante y despreciable planeta Tierra, cuya existencia no está comprobada ni siquiera científicamente. No es más que un nombre, un símbolo, una palabra, una vaga leyenda, pero ¡con qué fuerza se han asido ustedes a ello! No, coronel, no; el Emperador no hará nada de lo que usted le propone. Se quedará aquí y, si el Imperio se hunde, peor para todos.

»Dirá usted que estoy loca, coronel. Pues no, no lo estoy. Prefiero a mi esposo vivo que no en el monumento funerario que le eleven después de su muerte combatiendo para rehacer la unidad del Imperio. Los emfirianos no se merecen otra cosa que lo que está sucediendo. Rencorosos, estúpidos, medrosos, buscando cada uno la satisfacción de su apetito personal, no se merecen un gobierno firme y estable. Que se gobierne cada uno como pueda. Que cada uno sucumba a los apetitos de los habitantes de otros estados estelares de la Galaxia. Pero Tiwol se quedará aquí, gobernando tranquilamente su planeta, sin proporcionarle a usted la ocasión que tanto espera. Le he visto venir, coronel: un accidente y usted, ayudado por la Guardia Solar, se proclamaría Emperador de Emfir. De aquí a trasladar la capitalidad del Imperio a su planeta Tierra no hay más que un paso.

La mujer interrumpió su discurso.

—Vuestra Majestad acaba de decir que ese planeta no se puede encontrar —se atrevió a objetar el joven.

—Usted se encargaría de hallarlo, coronel —repuso ella con estridente vehemencia—. No, el coronel no le servirá de palanca para sus inconfesables apetitos. Tiwol, despídelo. Inmediatamente, ¿me oyes?

El rostro del obeso se congestionó. Parpadeó, se retorció las manos, sudó abundantemente y al fin acabó por decir:

—Pero… Helyssa… el coronel… Toda la Guardia Solar está tras él y, si los revoltosos y descontentos se enteran de que la Guardia Solar entra en juego, los ánimos… se pacificarán inmediatamente…

—Al precio de millones de vidas para satisfacer turbias ambiciones, ¿verdad? —dijo ella despectivamente—. Está bien; si tú lo quieres, que sea así, Tiwol. Por mi parte, no tendré nada que

decir… excepto que me voy.

El Emperador se levantó, extendiendo sus brazos rematados en un par de gordezuelas y fofas manos.

—¡No, por el Gran Espacio! ¡Helyssa, vuelve aquí! Yo —y tragó saliva ruidosamente—… está bien, maldita sea, haré lo que quieras… Le…

—No es necesario que sigáis, señor —dijo Telvin, adelantando un paso—. Yo sé entender las cosas sin necesidad de que me las digan.

Tiwol y Helyssa se volvieron a mirarle.

—Señor, os presento mi dimisión. A partir de este momento, dejo de pertenecer a la Guardia Solar.

—¡Co… ronel! —balbuceó el atónito Tiwol.

—Lo acabo de manifestar, señor. Gracias por vuestros propósitos de ascenderme, pero he resuelto retirarme a la vida privada y convertirme en un simple ciudadano emfiriano. Lamento haberos hecho perder tan lastimosamente el tiempo y os solicito la venia para poder retirarme.

—No…, no te vayas, coronel. Te haré general… Sí, eso es, general de mi guardia personal. ¡Al infierno con los solares! Tú te quedarás aquí, en palacio, metiendo en vereda a esos sucios e ineptos guardias de mi escolta. Te… daré lo que quieras… un título…

Con frió ademán, Telvin arrojó su gorra metálica a un lado. Una de las alas se dobló con musical tañido.

—No —dijo—, no quiero serviros. ¡Adiós!

Y sin añadir una sola palabra más, dio media vuelta y salió de la estancia, procurando dominar la indignación que le hervía en el pecho.

¡Le habían arrojado! Pese a las últimas palabras de componenda pronunciadas por Tiwol, la expulsión se había visto tan claramente como la luz del día que entraba por las ventanas. Y no sólo le habían arrojado, sino que, además, le habían insultado como nadie jamás hasta entonces lo hiciera. ¡Orgulloso y maldito terrestre!

Eso era él: un terrestre. Pero así como los emfirianos y, en general, cualquier habitante de otros reinos e imperios de la galaxia detestaban hasta el solo nombre, él y sus hombres se sentían orgullosos de serlo. ¡Y un día hallarían la Tierra y volverían a

habitarla de nuevo! Miles de años habían pasado desde que el primer terrestre se había lanzado al espacio en pos de nuevos mundos que colonizar, habitar y civilizar, y miles de años pasarían, quizá, antes de que un descendiente de terrestres volviera a su planeta de origen. Pero él no renunciaría nunca, nunca, pese a todo, a su apelativo, del que se sentía, tal como dijera Helyssa, más orgulloso que nunca.

Sus hombres le contemplaron asombrados al verle entrar, pálido y demudado, en la habitación que les habían asignado en tanto él se entrevistaba con Tiwol. Estaban en torno a una mesa, abundantemente provista de comidas y bebidas y una sana alegría parecía reinar en todos los espíritus.

—¿Qué le ha sucedido, coronel? —preguntó inquieto, el sargento Horni.

—Denme algo de beber, por favor.

Uno de los guardias se apresuró a llenar una pesada copa de brillante plata con el rojo vino de Emfir. Telvin la vació de un trago y luego se sentó en un escabel.

—Ya no soy coronel, muchachos —dijo—. La Guardia Solar ya no existe.

Sus palabras cayeron como una bomba en el ánimo de sus hombres.

—¿Qué dice, coronel?

—¿Quién le ha contado esa fábula?

—¿Cuál ha sido el maldito que le ha dado la patada?

El sargento Horni resumió la situación con una sola frase, corta, pero certera.

—¡Al fin lo han conseguido!

Telvin le miró.

—Si. Al fin lo han conseguido —dijo—. Todo Emfir, y muy especialmente el palacio imperial, es un nido de espías e intrigantes. Con el padre de Tiwol no hubiera sucedido esto, pero es que el emperador Reshab era un hombre de cuerpo entero. ¡Todo un hombre!

—Y éste es un títere manejado por un ministro ambicioso y una mujer sin escrúpulos —gritó el soldado Sander.

—No grites tanto —le recomendó un compañero—. Podrían oírte y…

—¡Que me oigan! —exclamó Sander—. Que me oigan y así sabrán la opinión de un terrestre. Como dijo el sargento, al fin lo han conseguido. Siempre hemos sido odiados y detestados, no por ser guardias, sino por ser terrestres. Pues bien, si creen que vamos a dejar de serlo, están muy equivocados.

Y el que lo desee, que venga a…

—Por favor —dijo cansadamente Telvin—, no se exciten. El único que ya no pertenece a la Guardia Solar soy yo. Vosotros podéis seguir enrolados en ella; el incidente se refiere a mí y solamente a mí. La nave está en el astropuerto; podéis tomarla y viajar hasta encontrar otro destacamento de la Guardia Solar al cual podáis uniros.

Alguien soltó una amarga carcajada. Era el sargento.

—¿Y qué cree que sucederá cuando los demás solares se hayan enterado de que usted ha dimitido? Coronel, es usted el único que, hasta ahora, ha mantenido cierta cohesión y disciplina, el único que tenía el prestigio suficiente, no sólo para que la Guardia siguiera siendo la Guardia, sino para rehacer el Imperio, si ese saco de grasa que tenemos por emperador hubiera seguido sus indicaciones. Ahora la Guardia se disolverá y todos sus miembros se esparcirán, que es precisamente lo que siempre han estado deseando nuestros enemigos. ¿Quién, sin usted, va a querer seguir patrullando por el espacio, con armas anticuadas y naves viejas, como la
«Wilt & Sauyer»,
expuesto a un estallido en el momento menos pensado? Yo, desde luego, no, señor. ¡Que se vaya al diablo el Emperador y toda su cochina corte!

Y presa de un tremendo furor, Horni se arrancó los galones indicadores de su graduación y los tiró al suelo, pisoteándolos rojo de cólera.

—Basta ya, Horni, por favor. No es preciso que nos haga esas demostraciones. Serenémonos todos y aceptemos lo sucedido como algo inevitable que ya hace tiempo veníamos venir.

Horni resopló ruidosamente. Se sirvió una copa de vino y la vació ruidosamente. Después, limpiándose la boca con el dorso de la mano, preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer ahora, coronel?

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé… Bueno, sí. De momento iré a percibir todos mis devengos más la prima por años de servicio. Tengo treinta y cinco y entré a los dieciséis, de modo que me deben la de diecinueve años. Una pequeña fortuna, a pesar de todo.

—¿Y después?

—Repito que no lo sé, sargento. Por mi parte están desligados de todo compromiso conmigo. Ya no soy el coronel Amrias, sino el ciudadano Telvin Amrias.

—Lo cual es mucho peor —masculló el soldado Ketter—. Al menos, un terrestre es respetado si lleva el uniforme de los solares. Pero de civil…

—Me gustaría ver —dijo el soldado Triffon—, cuál es el insensato que se atreve a insultar al coro… bueno, al ciudadano Amrias. Si me lo enseñas, te pagaré diez créditos oro.

—Está bien, muchachos. Yo me voy —dijo Telvin, poniéndose en pie—. Si me necesitáis para algo, me alojo en el «Legor». Allí estaré para lo que pueda serviros.

—Con permiso, coronel… digo, señor —se adelantó el sargento —. Si no le molesta, me gustaría acompañarle. No sé lo que piensa hacer, pero quiero seguir a su lado, ocurra lo que ocurra.

Los ojos del joven se velaron.

—Gracias, Horni. Bien, venga conmigo sí ése es su gusto. En cuanto a vosotros —se dirigió a los soldados—, si queréis, podéis ingresar en la guardia personal del Emperador. A mí me lo ha ofrecido, de modo que no creo que con vosotros haga una excepción.

Hubo una explosión de protestas, de la cual el nombre de Tiwol no salió muy bien parado y, mucho menos, naturalmente, el de su guardia personal. Ninguno de los solares quiso aceptar y prometieron ir a ver a Telvin con frecuencia.

—Si un día piensa emprender alguna aventura, llámenos — resumió Sander la opinión general—. Ninguno de nosotros ha tenido tiempo de echar raíces en ningún sitio, de modo que estaremos listos en el momento en que usted lo desee.

—Gracias, gracias —dijo el joven—. Y ahora, adiós a todos.

Seguido por Horni, quien también había arrojado a un lado su gorra con alas, salió del palacio.

Mientras caminaba hacia la puerta exterior, Telvin iba pensando

en las amargas ironías del destino. Una hora antes había penetrado en aquel lugar, con la fe y el ánimo de quien piensa levantar un imperio que se derrumba. Y ahora, no sólo no le habían dejado hacer lo que él pretendía sino que, además, lo habían expulsado poco menos que ignominiosamente, puesto que de expulsión podía tacharse la actitud de Tiwol, sin que le valiera la disculpa y el posterior ofrecimiento.

Con el ánimo lleno de decepción, se encaminó hacia su hotel. Tomó un coche, junto con el sargento y, mientras el vehículo les llevaba a su alojamiento, miró por las ventanillas.

Las calles de la capital, a aquellas horas, estaban inundadas de gente. Pero ninguno parecía ir o venir de sus respectivos trabajos. Todos, por el contrario, parecían estar divirtiéndose mucho. Gritos y risas resonaban por doquier y la anarquía y la indisciplina cundían por todas partes, y los guardias, en lugar de poner orden, parecían sumarse a la algarabía general. Las calles se veían sucias y la circulación mecánica era un caos de vehículos en donde abrirse paso era punto menos que un milagro.

Telvin vio aquello y no le cupo la menor duda de que la ruina del Imperio era inevitable. Emfir era un cadáver que se descomponía cada vez más rápidamente y sus hedores empezaban ya a invadirlo todo. Pronto la peste se extendería por todos los rincones, alcanzando a sus doce mil planetas y atomizando la obra que tantos y tantos siglos había costado llevar a cabo en tan sólo unos pocos años, cuyo final se acercaba ya a pasos agigantados.

Presa su ánimo de tan encontrados sentimientos, el joven hizo algo que nunca había hecho en su vida. Junto con el sargento Horni, se emborracharon los dos de modo tan concienzudo que sus escándalos, en la semana que les duró la orgía, sobrepasaron a todo lo conocido hasta entonces, pese a que el juez que les juzgó estaba ya habituado a tipos como ellos. Telvin y Horni, todavía bajo los influjos del alcohol, insultaron atrozmente al juez y a todos los emfirianos, manifestando que se hacía esto y lo otro en ellos, de modo que a su juzgador no le quedó otro remedio, pese a que en aquellos momentos lo que sobraba era indulgencia, que imponerles un mes de arresto o treinta créditos oro de multa. Telvin y Horni declararon que antes se pudrirían en una cárcel que dar su dinero a unos puercos emfirianos y, en su consecuencia fueron encerrados en

un sórdido calabozo.

Pero a la mañana siguiente, de modo sorprendente y sin que nadie les hubiera dado la menor explicación, fueron puestos en libertad.

CAPÍTULO IV



l coronel Telvin se afeitó y bañó, quitándose de encima toda la mugre que había acumulado durante aquella semana de infernal disipación, y lo mismo hizo el sargento en la habitación contigua. Después, el joven se vistió con las ropas que había encargado por teléfono, y que, pese a su frescura y comodidad, le parecieron ridículas después de tantos y tantos años de no vestir otro uniforme que el de la Guardia Solar.

Pensó que ya se habituaría.

El desayuno les fue servido unos minutos más tarde y consumido vorazmente, en silencio, con rapidez. Sólo fue al terminar cuando Horni, con un pitillo prendido en la boca, preguntó:

—¿Entiende usted esto, señor?

Telvin acabó de encender su cigarrillo. Expulsó el humo y dijo:

—En parte si, sargento.

—Ya no lo soy, señor —le recordó el otro con una sonrisa.

—Bueno, como quiera. Creo que alguien, situado muy arriba,

debió de enterarse de lo que nos había sucedido y no le gustó el trance en que nos habíamos metido, no por nosotros en particular, sino por lo que a él personalmente pudiera afectarle. Por lo tanto, optó por lo más cómodo y ordenó se nos pusiera en libertad. Incluso debió de llegar, estoy seguro de ello, a pagar la multa para mejor cubrir las apariencias.

—¿Y quién opina usted que ha sido, señor? ¿Tiwol?

Una enigmática sonrisa apareció en el rostro del joven.

—¿Tiwol? —repitió mecánicamente—. ¡Oh, no! —Pero no quiso ser más explícito, por lo que Horni juzgó prudente abstenerse de insistir sobre el tema.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, no se pudo contener y preguntó:

—Bien salvado este escollo, señor, y después de habernos desahogado durante esta semana, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Yo tengo en la cabeza un plan, Horni, y pienso llevarlo a cabo.

—No será sin mí, señor, si me es permitido decir tal cosa. A menos que, de un modo específico, usted me arroje de su lado, yo no pienso abandonarle. ¿De qué se trata?

Una expresión soñadora apareció en el rostro de Telvin.

—Desde muy pequeño he deseado siempre conseguir una cosa. Mi profesión me lo impidió y conste que no lo lamenté, pues me gustaba el cargo que tenía. Pero al mismo tiempo me decía que, si algún día podía hacerlo, lo haría sin vacilar. Ese día, amigo Horni, ha llegado ya.

Telvin hizo una corta pausa, inspiró con fuerza y luego dijo:

—Horni, voy a buscar la Tierra.

El sargento respingó.

—¡Cómo! ¿He oído bien?

—Sí, oyó bien, Horni. Ahora no tengo nada que hacer; soy libre como un pájaro y dueño de mí mismo… y de una regular fortunita que me permitirá realistar mi nave para lanzarme por el espacio en busca del planeta origen. Soy joven, tengo treinta y cinco años y, juzgando por el promedio límite actual de la vida humana, me quedan todavía ciento quince años de vida, de los cuales puedo invertir muy bien, antes de que me sienta fatigado y busque un lugar para reposar definitivamente, caso de no haber encontrado la Tierra, unos ochenta o noventa. Ése fue siempre mi pensamiento

para el caso en que un día tuviera que abandonar el cargo… ¡y ese día —concluyó el joven con calor— ha llegado ya, Horni!

El sargento se entusiasmó.

—¡Cuente conmigo, señor! Yo iré con usted hasta el fondo del Universo si es preciso. Pero… —Y aquí Horni vaciló unos segundos —usted habló antes de una nave. ¿Es… que piensa tomarse la «Zriif & Rost»?

—¿Y quién va a resistirse a ello? Mientras no se demuestre lo contrario, esa nave pertenece a la Guardia Solar y. —Telvin bajó la voz— nosotros no necesitamos ir pregonando a voz en cuello que ya no pertenecemos a ella, ¿verdad?

Los ojos de Horni brillaron.

—De acuerdo, señor. Yo también tengo algunos dinerillos. Los invertiré en el alistamiento de la nave y le aseguro que ninguna cosmonave habrá ido jamás tan bien provista como la nuestra. Sin embargo, no podemos manejarla los dos solos, salvo en caso de necesidad muy apremiante.

—Si se refiere a una tripulación, creo que ya la tenemos.

—¡Pues es verdad, señor! Había olvidado a los muchachos. Seguro que querrán venirse con nosotros. No se hable más. —Horni se puso en pie—. Ahora mismo voy a dar los primeros pasos para encontrarlos y mañana mismo empezaremos a acondicionar la nave. ¿Cuándo quiere usted partir?

—Lo más pronto posible. Sin embargo, antes de hacerlo me gustaría que se verificase el estado de los motores. No me gustaría volar en medio del espacio como le sucedió a la otra que venía con nosotros.

—Lo haremos también, señor. Eris y Turfoy son dos artistas y dejarán la nave como nueva. Puedo garantizarle que antes de tres semanas estamos listos para partir. ¿Le parece bien? —Y sin esperar el asentimiento del joven, Horni se dirigió hacia la puerta—. A la noche vendré a verle para darle cuenta de lo que he conseguido realizar.

Cuando se hubo quedado solo, Telvin se echó hacia atrás, reclinándose en el diván. Contempló el humo de su cigarrillo distraídamente, en tanto que meditaba sobre el pro y el contra de la empresa que iba a acometer.

De pronto, el humo del cigarrillo pareció solidificarse y

convertirse en una estatua con figura humana.

Telvin respingó. Arrojó el cigarrillo a un lado. No, no era una alucinación, sino una realidad.

Se puso en pie, inclinándose levemente ante el recién llegado.

—¿Excelencia?

—Me alegro de ver su magnífico estado, coronel —dijo el ministro Winster—. Después de los rumores que han llegado hasta mis oídos, temía por usted… y sus nervios. Veo —suspiró— que, afortunadamente, no ha sido así. Tenía ganas de divertirse, ¿eh?

Telvin se sonrojó.

—No encuentro palabras con las cuales justificar mi estúpida e irrazonable actitud, señor. Realmente me porté como…

Winster levantó la mano.

—No tiene nada de que reprocharse, coronel. No es usted el primero que, en una situación análoga, recurre a los buenos oficios del alcohol para desahogarse de toda la bilis que ha acumulado. Pero no vine aquí a hablar de su situación pasada, sino de la futura. ¿Puedo sentarme?

Todavía estupefacto, Telvin se apresuró a acercar un sillón a su visitante. Winster se arrellenó en el asiento y luego sacó cigarrillos.

Cuando los hubieron encendido, Winster dijo:

—Le necesito, coronel.

—Ya no lo soy, Excelencia. Ya no existe la Guardia Solar… al menos en lo que a mí respecta.

—Para mí, terrestre o no, usted sigue siendo el mismo, coronel —repitió Winster—. Es usted un hombre duro, enérgico, valiente y astuto, cualidades que rara vez se combinan juntas en una sola persona. Usted es el hombre que yo necesito y al cual vengo a recurrir para obtener sus servicios… al precio que sea.

Telvin meneó la cabeza.

—Mucho me temo, señor, no poder complacerle.

—¿Por qué?

—He… he decidido, pasar a la vida privada de un modo definitivo, señor. Estoy un poco cansado de los largos periplos por el espació… y quisiera asentar los pies definitivamente en un suelo que no sea el de acero de una cosmonave.

—Comprendo su posición, pero yo le necesito, coronel, como necesito a varios hombres más, algunos de los cuales poseen

cualidades de las que usted carece y que me abstengo de mencionar. Pero, en ciertas ocasiones, el fin justifica los medios y… Repito que le necesito, Amrias.

—Bien —replicó cautamente el joven—, explíquese. Quizá, cuando sepa de lo que se trata, pueda darle una respuesta definitiva.

—Tiwol —dijo el ministro—, el Emperador. No podemos dejarle que se hunda. No por él, que personalmente me importa un pito, sino por lo que representa, Si las cosas siguen así, dentro de muy poco le arrojarán del trono. Hay luchas e intrigas. Alguno —y ése no seré yo— saldrá vencedor. Se proclamará rey o emperador o qué sé yo. Luego saldrá otro que lo derribará, recurriendo incluso al asesinato para ocupar su puesto. Y después otro y otro y así hasta que algún día lleguen los otros Estados Galácticos y, pretendiendo que nuestra situación es un peligro para la paz de la Galaxia, nos subyugarán, reduciéndonos a un simple protectorado, cuando no mía colonia. Y eso es lo que yo quiero evitar, coronel. No por el emperador, no por mí, sino por Emfir, el Imperio que se hunde, pero que aún podría ser puesto a flote… si usted quisiera.

El joven se puso en pie. La cólera hervía en su pecho.

—Me arrojaron de palacio y ahora vuelven a buscarme. No, no iré. No quiero pasar por segunda vez por el sonrojo de ser llamado orgulloso y maldito terrestre. Tiwol me tuvo cuando era el momento, y me echó. ¿Cree usted que yo tengo ganas de servir a un rey que es un trozo de blanda cera, en manos de una mujer ambiciosa y carente de escrúpulos, como lo es Helyssa?

—Usted le juró fidelidad, coronel —arguyó el ministro.

—Por supuesto. Pero sólo mientras vistiese el uniforme. Ahora soy un civil y no le debo más obediencia que la que puede deberle cualquier ciudadano que se encuentre en mi caso.

—¿Qué haría usted en el caso de que se decretase una movilización general?

Por un momento los ojos de Telvin reflejaron el estupor que se había apoderado de su espíritu. Luego, de modo incontenible, preguntó:

—¿Tan graves están las cosas?

—No pregunte, responda. ¿Qué haría en dicho caso, coronel?

El rostro de Telvin se endureció.

—No hay ley alguna que me obligue a recuperar mi graduación. Me alistaría como simple soldado.

Winster suspiró.

—Es una lástima que sea usted tan testarudo, coronel. Bien, no le quiero importunar más. Realmente, un hombre a disgusto, por muy eficiente que sea, y usted indudablemente lo es, resulta un lastre en comparación con un zoquete que tenga fe y se nos una de todo corazón.

—Yo no soy de los que se encuentran en ese caso, señor —dijo el joven, inspirando profundamente.

Winster movió suavemente la cabeza.

—Ya lo veo, ya lo veo —murmuró—. Bien, si algún día cambia de idea, venga a verme, siempre que no sea demasiado tarde. Lamento haberle molestado y le suplico acepte mis excusas.

—Soy yo el que debe pedirle perdón, Excelencia —dijo el joven, adelantándose a abrir la puerta de la estancia—. Quisiera, no obstante, que supiera comprender mi posición.

Winster le miró largamente.

—Le comprendo perfectamente, coronel —suspiró—. Y hasta encuentro justificada su actitud. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Los quince días siguientes pasaron en una fiebre continua de preparativos, a fin de alistar la nave cuanto antes. Telvin en persona se encargó de adquirir los víveres, en tanto que Horni, ayudado por los dos especialistas, ponía a punto los motores de la cosmonave y la repostaba de combustible.

Aquella tarde, cuando ya habían pasado casi tres semanas de la entrevista con el ministro, Horni penetró en la habitación, muy excitado.

—Ya lo tenemos todo listo, coronel. Un par de detalles más y podremos largarnos al espacio cuando lo desee.

—Ésa es una magnífica noticia, Horni.

—¡Ya lo creo! Y además, puede estar seguro de que ahora no nos ocurrirá nada. ¿Por qué no viene a echar un vistazo? No tiene nada que hacer y… Hice cambiar los tubos Borr por otros Erckelin y monté un generador suplente. ¡Un Triford, coronel! ¿Sabe lo que esto significa?

—Sí —respondió Telvin—, su peso en oro, Horni.

El sargento lanzó un juramento.

—Puede asegurarlo, señor. No he visto gente más ladrona que la de esta ciudad. ¿Qué diablos pasa que todo sube y sube como si fuera un cohete?

Mientras se encaminaba hacia la puerta, Telvin meneó la cabeza.

—Eso es un síntoma indudable de la descomposición de Emfir, Horni. Dentro de nada esto apestará.

—¡Bandidos! —Gruñó el sargento—. Puede asegurarlo, señor. Nos hemos quedado sin un céntimo, ¿sabe?

—Bueno, ¿y qué importa ahora? Tendremos miles de mundos que buscar durante decenas de años, sin que nadie, excepto nosotros, nos diga lo que tenemos que hacer. Si nos apetece ir aquí, iremos; si deseamos descansar allá, descansaremos. ¿Eh, qué le parece, Horni?

—Una vida magnífica, señor, se lo juro.

Llegaron a la calle. Junto a la entrada del hotel, Horni tenía ya aparcado su rotóptero, en el cual estaban dos de los soldados de la patrulla, quienes saludaron efusivamente a su jefe. Éste les correspondió, después de lo cual el propio Horni se encargó de los mandos del artefacto.

Una vez hubieron encontrado espacio libre, el rotóptero se elevó por los aires, con el fin de ganar velocidad. El astropuerto se hallaba a mías cincuenta millas de la ciudad, espacio que debería ser recorrido en unos pocos minutos.

Pero apenas se habían remontado, cuando solamente habían recorrido una docena de millas, un nuevo sol se encendió en el horizonte, precisamente en la dirección del astropuerto.

Telvin sintió que su corazón suspendía sus rítmicos movimientos. Después del descomunal fogonazo, una gigantesca seta, mezcla de humo obscuro y gases incandescentes que burbujeaban infernalmente, subió rápidamente a lo alto.

—¡Espacio! —murmuró Horni—. ¡Ha sido nuestra nave!

Los otros dos guardias emitieron opiniones análogas. Por su parte, Telvin notó que algo se le rompía dentro del pecho.

Todos sus planes, todos sus proyectos, se habían esfumado junto con la explosión que acababa de devorar su nave en un milisegundo.

SI ronco fragor de la explosión les llegó un par de minutos más

tarde, junto con un débil soplo, restos de la potente onda explosiva causada por la gigantesca explosión.

Los puños de Horni se crisparon hasta blanquearle los nudillos.

—¡Malditos! ¡Malditos una y mil veces! —barbotó—. Si un día les pongo la mano encima…

Telvin le contuvo.

—De nada sirven las imprecaciones, amigo Horni. Siete de los nuestros han muerto, pero no conseguiremos vengarles con simples juramentos. Tenemos que hacer algo más… si no queremos correr su misma suerte.

Se oyó una triple exclamación. Los ojos de Horni se salieron de sus órbitas.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, coronel?

—Mejor será que nos volvamos al hotel. Horni. Dé media vuelta y una vez a salvo en nuestra habitación, combinaremos un nuevo plan. El viejo ya no nos sirve para nada.

—Pero si creen que nos vamos a quedar cruzados de brazos…

—Dé media vuelta, Horni —ordenó imperativamente el joven, y el sargento ya no se atrevió a insistir.

Al aparcar el coche a corta distancia del hotel, se dieron cuenta de que algo muy raro sucedía en la ciudad. Grandes grupos de gente iban y venían por todas partes, gritando y aullando como energúmenos, sin que los policías de servicio en la urbe se molestasen en disolver aquellas reuniones de aspecto tan levantisco. La acera estaba literalmente inundada de personas y a los cuatro terrestres les costó un enorme esfuerzo llegar al hotel.

Una vez en el interior, el joven se dirigió al «comptoir». Interrogó al empleado.

—¿Qué diablos pasa? ¿Es que todos los emfirianos se han vuelto locos?

El hombre abrió linos ojos como discos.

—Pero ¿no lo sabe, coronel? ¡Han asesinado al emperador!

CAPÍTULO V



stalló en la calle un fenomenal griterío. Pero Telvin no le prestó la menor atención, absorto y estupefacto por la sensacional noticia que acababa de recibir.

—¡Por el Gran Espacio! —juró Horni—. Esto es lo más gordo que he oído en todos los días de mi vida. Telvin pareció reaccionar.

—¿Cómo ha sido? ¿Quién lo mató?

El empleado se encogió de hombros.

—No puedo decírselo, señor. Las noticias transmitidas son muy confusas y hablan de una sublevación palaciega. Incluso…

En aquel momento, las palabras del recepcionista fueron bruscamente interrumpidas por una vos metálica que salía de un megáfono:

—… «Y hace tan sólo unos momentos, una nave de la Guardia Solar estalló, sin que se sepan las causas, en el Primer Astropuerto de Emfir, muriendo siete de sus tripulantes, cuyos nombres se

ignoran. Por el momento, pero sabiéndose con certeza que entre ellos no figura el coronel Telvin Amrias, comandante del LXXI Regimiento de dicha Guardia, a quien se supone uno de los principales complicados en la muerte de nuestro emperador…».

Los puños del joven se crisparon. Sin poderse contener, miró al empleado.

Éste pareció adivinarle el pensamiento.

—No tema usted nada, señor. Seré mudo como una tumba… mi madre era también una terrestre. Pero, en mi opinión, hay muchos que conocen su identidad y muchos también que saben que se aloja aquí. En su lugar, coronel, yo me iría inmediatamente…

—¡Si buscan pelea, la tendrán! —declaró enfáticamente el sargento, golpeando con la mano la culata de su pistola cósmica.

—Eso sería un suicido, Horni. Sólo somos cuatro…

—… Y Garzy, que estaba haciendo unas compras y a quien le dijimos se reuniese con nosotros aquí, al anochecer. ¿Dónde diablos se habrá metido ese estúpido? —refunfuñó el sargento.

—Todos los medios de comunicación están perturbados, de modo que no es preciso ser un lince para saber que le costará bastante llegar hasta aquí. Pero volviendo a lo de antes: si queremos salir con vida, tenemos que obrar con astucia, Horni, o de lo contrario, nos comerán vivos. Vamos arriba a mi habitación y trataremos de elaborar un plan para salir con vida de este atasco.

Luego se volvió hacia el empleado.

—¿Cómo se llama usted?

—Devlin, señor.

—Está bien. Gracias por su ayuda, Devlin. De momento estaremos arriba. Si viera que ocurría algo grave, no vacile en avisarnos. ¡Vámonos, muchachos!

Los cuatro hombres atravesaron el vestíbulo con paso resuelto, cruzando por entre medio de espesos grupos de gente de los cuales salían más de una mirada de hostilidad. Afortunadamente, todo quedó reducido a gestos y murmullos sin importancia, pero aquellos detalles le indicaron al joven que se hallaban sobre un barril de pólvora situado a cortísima distancia de una mecha encendida. En cualquier momento, podía desprenderse una chispa de la mecha y…

Llegaron al octavo piso, donde tenían las habitaciones, sin ninguna novedad. Era ya de noche, pero en la calle había una gran

iluminación, no toda ella procedente de los faroles y demás adminículos del sistema de alumbrado. También se advertían las rojas llamas de algún incendio, lo cual indicó al joven que las turbas estaban entregándose a los peores excesos.

Abrió la puerta y cruzó el umbral. La habitación estaba a obscuras y tanteando con la mano, halló el interruptor.

El sistema de iluminación era por luz difusa, de modo que nacía en todas partes, eliminando las sombras en su casi totalidad. Al hacerlo, una silueta en negro surgió repentinamente junto a uno de los amplios ventanales.

La mano del joven voló hacia la culata de su cosmopistola.

Instantáneamente apuntaba a la figura.

—¡Quieto! ¡No se mueva o le abraso! —exclamó imperativamente.

—Baje esa mano —le respondió una voz muy conocida, a pesar de haberla oído tan sólo una vez—. No pienso hacerle ningún daño, coronel; estoy desarmada.

—¡La Emperatriz!

—La misma —respondió ella, dando un paso hacia adelante y echando atrás la capucha que hasta entonces la había cubierto casi por completo.

Helyssa vestía una larga capa negra, forrada en rojo, que le llegaba a los pies, envolviendo por completo su estatuaria silueta. Sus ojos relucieron más que nunca al mirar al joven.

—Coronel, deseo hablar con usted —dijo ella.

Las facciones de Telvin se endurecieron.

—Le advierto de antemano que no tengo mucho tiempo. Acabo de oír el último boletín de noticias y sé que se me ha implicado en la muerte del emperador. Por lo tanto, he de marcharme de aquí cuanto antes, pues son muchas las personas que, además de conocer mi identidad, saben que me alojo en este hotel.

—No le entretendré mucho, coronel. Además, vengo a salvarle la vida.

—¡Usted! —exclamó él, sin poder contener el acento de desdén.

Ella enrojeció, pero no bajó la vista.

—Sí, yo misma. Sin embargo, desearía, a ser posible, que nuestra entrevista se desarrollase sin testigos.

Telvin la miró, vacilando. Al fin, decidiéndose, encogió los

hombros y se volvió.

—Salgan un momento, muchachos, por favor.

—Le esperaremos en mi habitación, señor —dijo Horni—. Y si ocurre algo —añadió, con maligno acento, al mismo tiempo que miraba a la joven—, no vacile en llamarnos.

La puerta se cerró. Entonces Helyssa se desprendió de la capa, arrojándola con negligencia sobre el diván.

Telvin observó que la joven, pese a los sucesos tan recentísimamente ocurridos, parecía perfectamente normal, excepto, si acaso, una leve palidez muy poco perceptible en su tostado rostro. Vestía un ajustado traje de una sola pieza, que se amoldaba perfectamente a las magníficas curvas de su cuerpo y se calzaba con unos zapatos de altísimo tacón, sostenidos en los pies tan sólo por una delgada tira cubierta de gemas.

El traje era rojo. Como el forro de la capa y el color de sus cabellos.

Telvin sintió sobre sí la magnética y perturbadora mirada de la joven, cuya edad calculó en unos veinticinco o veintiséis años como máximo, pero procuró dominarse.

Sirvió bebidas y cigarrillos. Con una copa en la mano y un pitillo encendido en la otra, Helyssa se sentó en el diván, contorsionándose sobre sí misma con la gracia de un felino. Sus pupilas se clavaron en el joven.

—Sin duda —dijo—, se estará usted preguntando por qué la viuda del Emperador viene a verle a usted, sobre todo cuando hace tan poco tiempo que su esposo ha sido asesinado. Incluso sé que está pensando que he sido yo la que le he matado, ¿no es así, coronel?

—Ya no soy coronel, señora —repuso él glacialmente—. Usted debe recordar lo que sucedió hace un mes, aproximadamente.

—Lo recuerdo perfectamente, Telvin Amrias. Por eso mismo he venido a verle a usted. Pero siéntese, me desagrada verle en pie. Aquí, a mi lado —dijo ella imperativamente.

Telvin obedeció. Mía terminó el contenido de la copa y luego aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Usted quiere marcharse de Emfir, Telvin.

—No he hecho de ello ningún secreto, señora.

—Deje a un lado los tratamientos —exclamó ella secamente—.

Ya sabe cuál es mi nombre, úselo sin reparo.

—Gracias. Siga, por favor. Estoy previendo un rumbo muy interesante para nuestra conversación. Decíamos…

—Decíamos que usted quiere salir de Emfir. Bien. Es una buena idea… sobre todo para usted, pero ahora es prácticamente irrealizable.

Una débil sonrisa curvó los labios del joven.

—¿Ya está enterada de lo que sucedió con mi nave?

—Sí, Por lo tanto, usted está anclado en Emfir, sin posibilidades, además de salir del planeta, puesto que se ha gastado en alistar una nave que ahora ya no es ni humo tan siquiera, todo el dinero de que disponía. —Ella soltó una risita amarga y comentó—: Ya lo ve usted, Telvin; una época tan adelantada como la nuestra y ni siquiera hemos podido desprendernos de ese prejuicio.

—No creo que estemos aquí para tratar de asuntos fiduciarios, Helyssa —dijo él con tono frío.

Ella asintió:

—Efectivamente. Nuestro asunto es muy diferente. Se trata de que usted pueda ejecutar sus deseos.

Los ojos del joven se dilataron.

—¿Por qué? ¿Qué empeño tiene usted en hacerme salir de Emfir? Antes me odiaba; al menos así lo manifestó en la última entrevista que sostuvo con el difunto Emperador. ¿Qué le ha hecho cambiar tan radicalmente de opinión?

—Mi propia conveniencia. Yo también quiero salir de Emfir.

Por un instante, el silencio más absoluto se enseñoreó de la habitación. Los muros eran a prueba de sonidos y la algarabía de la calle no se percibía.

—¿Usted quiere marcharse de Emfir?

—Sí, ya lo ha oído —dijo ella desabridamente.

Una súbita chispa de sospecha apareció en los ojos de Telvin.

—¡No! —exclamó Helyssa, anticipándosele—. No piense usted ni por un momento que yo he sido la asesina de mi esposo. No quiero darle las razones por las cuales quiero salir de este planeta, sino solamente preguntarle si usted quiere llevarme con usted.

—¿En brazos? —comentó él burlonamente—. Porque, fuera de este medio, no conozco ningún otro con el cual pueda transportarla.

—¡Insolente! —murmuró ella—. Yo le proporcionaré la

cosmonave. Lo demás quedará a su discreción.

—Vistas así, las cosas mejoran bastante. Pero ¿ya recuerda que se me acusa de estar complicado en la muerte de Tiwol?

—Yo sé que usted no lo ha matado… porque, precisamente, conozco al asesino. Y también sé que me he librado de la muerte por muy poco y que me anda buscando para matarme y así eliminar el último obstáculo que le separa del trono de Emfir. Ya sabe usted —añadió la joven— que, según las leyes, yo debo ocupar el puesto vacante del Emperador, a falta de otro heredero más directo. Y Tiwol no lo tenía.

—Hace un mes, usted sostenía la tesis de que el poder le importaba muy poco. ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar?

—Yo no he dicho que quiera recuperar el trono, Telvin —manifestó ella—. Lo que sí deseo es que usted me saque de aquí. Y tiene que hacerlo, ¿me entiende?

—No tengo ninguna obligación para con usted. ¿Por qué habría de arriesgar mi vida en una empresa que me es realmente indiferente?

—¿Quién le sacó del calabozo? ¿Quién pagó la multa?

Telvin respingó.

—¡Usted!

—Sí, yo. Y no se lo hubiera recordado, de no serme absolutamente imprescindible.

—Bueno, a fin de cuentas, sólo se trata de treinta créditos oro que…

—Se trata de algo más, amigo mío. La multa está abonada como fianza, de modo que, si yo la retiro, la detención es automática. Y ¿qué cree usted que sucedería si le detuviesen?

—Pero entonces la descubrirían a usted también —arguyó Telvin.

Ella consultó su reloj de pulsera.

—Si dentro de media hora no he telefoneado a cierto sitio…

—¡Eso es un indigno chantaje! —masculló el joven.

Sabía que Helyssa decía la verdad. Si retiraban la fianza y era detenido, ya no lo harían por hacerle cumplir el resto de su condena, sino como presunto asesino del Emperador, Y tal como estaban de excitados los ánimos, era fácil prever la suerte que podía correr. Un linchamiento…

Helyssa reforzó sus argumentos con uno completamente nuevo.

—Usted hace lo que yo le digo, Telvin, y entonces yo le proporciono los medios no sólo de huir de huir, sino de hallar lo que con tanto afán busca.

—No la entiendo —murmuró él muy desconcertado.

—La Tierra, me refiero naturalmente a su planeta de origen, ése por el que tanto suspiran los miembros de la Guardia Solar.

Telvin no se pudo contener.

—¿Es que usted sabe dónde se encuentra?

—Creo saberlo, que no es lo mismo, pero cuento con una infinidad de probabilidades, a mi favor. ¿Qué, se decide o…? Mientras se lo piensa, sírvame otra copa, por favor. —Helyssa sonrió encantadoramente y añadió—: Es usted muy duro de convencer, amigo, y me ha dejado la boca seca.

Telvin escanció el vino. Todavía inclinado, la miró:

—Para ser una mujer que acaba de quedarse viuda hace menos de una hora, no parece usted hallarse muy afligida.

Los ojos de la joven emitieron destellos de ira.

—¿Quién? ¿Afligida? ¿Afligida yo por la muerte de aquel saco de concupiscencias? No pretenderá usted que yo lamente la muerte de un hombre, junto al cual he vivido completamente humillada y avergonzada, ¿verdad? ¿O es que no había oído hablar nunca de la vida privada de aquel inmundo montón de grasa?

—Era mi Emperador —arguyó él débilmente.

—Y mi esposo —retrucó Helyssa—. Pero no puedo llorarle. Sería una falsa si lo hiciera, como igualmente le engañaría si le dijera que me alegro. Pero no estamos hablando de mis problemas, sino de los nuestros. Fíjese bien en lo que le digo: de los nuestros.

Telvin suspiró.

—Está bien —terminó por acceder—. No me queda otro remedio. La llevaré… donde usted me diga. Supongo que, cuando habla así es porque tiene una astronave a su disposición, ¿verdad?

—¿Lo haría si no fuese así? Bien, celebro que haya tomado una decisión, Telvin. Lo único que tengo que añadirle es que, a partir de ahora, usted y sus hombres obedecerán estrictamente mis órdenes, cualesquiera que sean.

—Siempre que no se trate de una intriga para recuperar el trono, por supuesto. Usted quiere salir de Emfir, de acuerdo. Yo pondré

todo lo que sepa para conseguirlo. Pero, si pretende algo distinto, me negaré a ello, ¿estamos?

Ella dejó la copa a un lado y se puso en pie. Su cuerpo parecía ir a rasgar la tela del vestido.

—¡Espléndido, Telvin, espléndido! Ya sabía yo que Legaríamos a un acuerdo. ¡Vámonos de aquí ahora mismo!

—¡Un momento! —adujó él—. Primero tenemos que hablar con mis hombres. No puedo hacer nada sin contar con ellos.

—Creo que accederán —sonrió Helyssa sinuosamente. En los últimos tiempos las cosas no se habían puesto muy bien para los solares, ¿eh?

Horni y los otros accedieron de inmediato. Telvin se dio cuenta con alivio de que ya había llegado Garzy, el tripulante que faltaba.

Una vez les hubo explicado la situación, Telvin se volvió hacia la joven.

—Cuando usted quiera —dijo—. Mis hombres y yo estamos de completo acuerdo con usted. ¿Adónde vamos?

Ella tomó la capa, que Telvin le ayudó a ponerse sobre los hombros.

—Al palacio —dijo.

El joven respingó.

—¡Al palacio! ¿Está loca?

—No lo estoy —dijo ella con seco tono—. Es el único sitio en donde no se les ocurrirá buscarme… y en donde tengo la máquina que nos proporcionará la huida. ¡Vamos!

Con la cabeza convertida en un torbellino, Telvin siguió a la joven.

Descendieron todos juntos y salieron del ascensor al vestíbulo en apretado grupo, teniéndola a ella en el centro.

Telvin respiró satisfecho. Parecía que las cosas se iban a desarrollar sin novedad… pero muy pronto sus sueños se disiparon.

Una voz gritó con crispados acentos.

—¡Allí están! ¡Los asesinos del emperador! ¡Los terrestres!

El vestíbulo estaba lleno de gente, pero esto hubiera sido lo de menos, de no haberse hallado presentes media docena de individuos cuyos uniformes les delataban como pertenecientes a la guardia imperial.

CAPÍTULO VI



l coronel Telvin cerró las mandíbulas.

—¡Traidor! —masculló, pues era Devlin, el recepcionista, claramente indicado por su actitud, quien les había traicionado.

El jefe de la patrulla se adelantó.

—¡Coronel Amrias, entréguese! ¡Queda detenido como cómplice de la muerte del emperador!

—Está usted en un error, teniente. Yo no me encontraba en el palacio cuando…

—Eso ya se lo explicará usted a las autoridades competentes —dijo fríamente el oficial—. Por el momento, lo que más nos interesa es que usted y sus compañeros se rindan. ¡Vamos, entreguen las armas!

El silencio se había hecho absoluto en tanto se desarrollaba el precedente diálogo entre los dos hombres. De pronto, una voz anónima exclamó:

—¡Nada de juicios! ¡Los absolverían! ¡Seamos nosotros los que hagamos justicia con estos traidores!

—¡Muerte a los terrestres! —gritó otro.

—¡Hay que colgarlos! —aulló un tercero, y la muchedumbre, como movida por un imán, se puso en marcha, amenazando con encerrar en su seno, al reducido grupo.

Ante la levantisca actitud de los espectadores, Telvin ya no vaciló.

Desenfundó su pistola y gritó:

—¡Todo el mundo quieto! ¡Quietos ahí o les barreremos!

Horni y los demás también sacaron sus cosmopistolas, formando un compacto círculo, en cuyo centro, pálida, pero sin dar ninguna señal de nerviosismo, se hallaba también Helyssa.

—¡Quietos, quietos! —gritó el oficial, pero su voz se perdió en el tumulto originado por cientos de bocas que pedían las cabezas de los terrestres.

Telvin se mordió los labios. Le repugnaba recurrir a ciertos métodos, pero tampoco estaba dispuesto a dejarse linchar sin combatir hasta el fin.

A tal efecto hizo un par de descargas al suelo, abriendo en él dos círculos que humearon siniestramente. Pero ni aun así se esparció la multitud cuyo escándalo era ensordecedor.

—Dispare, dispare —susurró una voz detrás de él, en la cual reconoció a Helyssa—. Haga fuego o nos matarán a todos.

Telvin se preguntó por qué Helyssa no se daba a conocer, pero no tuvo tiempo de hallar la respuesta. Un individuo, aullando como un energúmeno, alzaba ya un pesado sillón por encima de su cabeza.

Un cegador destello partió de la boca de la cosmopistola que empuñaba el joven. Amputado el brazo del revoltoso limpiamente a la altura del hombro, el sillón le cayó encima, derrumbándole bajo su peso.

El hombre se revolcó por el suelo, lanzando desgarradores aullidos y aumentando más todavía la confusión. Los chasquidos de las cosmopistolas tabletearon en aquella recargada atmósfera.

La muchedumbre retrocedió, lanzando alaridos de ira y de dolor a un tiempo, a la vez que sobre el suelo quedaban muchos de ellos tendidos, exánimes, fulminados por las descargas cósmicas y en

buena parte horriblemente mutilados por los efectos de aquellas terribles armas. Espantados, cada uno buscó en la huida el medio de su salvación, provocando un alboroto ensordecedor.

El vestíbulo del hotel quedó desierto en pocos momentos, a excepción de los que no habían podido huir por haber sido afectados por las descargas y de los seis hombres de la guardia imperial que permanecían impávidos frente a los terrestres.

—No tenemos nada contra usted, teniente —dijo Telvin—, pero si no nos deja pasar, recurriremos a nuestras cosmopistolas.

El oficial contempló tristemente sus pobres armas, más decorativas que eficaces, y luego meneó la cabeza.

—En tal caso —dijo—, no tengo nada que oponer. No veo ningún objeto en exponer la vida de mis hombres por algo que ni siquiera se sabe si es verdad.

—Celebro su sensatez, teniente —dijo Telvin rígidamente, y dio un paso hacia adelante, tomando del brazo a Helyssa, la cual permanecía aún encapuchada, sin que hubiera sido reconocida hasta el momento.

—¡Un momento, señor!—. Exclamó Horni—. No quiero irme de aquí sin ajustar la cuenta.

—Pero… no tenemos dinero —murmuró ingenuamente el joven.

Horni enseñó los dientes en una sonrisa perversa.

—Tampoco hace falta —contestó, a la vez que levantaba la mano armada.

La cosmopistola restalló varias veces, incendiando con sus descargas el largo mostrador de la recepción. Bruscamente, un agudísimo alarido hendió la atmósfera.

Un hombre, con el rostro contraído por el dolor, con un brazo de menos, se incorporó, chillando convulsivamente.

—¡Vean cómo se decapita a un traidor! —gritó Horni, y largó el último disparo.

Arrancada limpiamente de los hombros por la descarga, la cabeza de Devlin rodó por el suelo con lúgubres sonidos. El cuerpo se mantuvo en pie durante unos segundos y luego se desplomó sordamente al suelo.

—¡Listos! —exclamó Horni, y todo el grupo se puso en marcha.

Salieron a la calle. A lo lejos, el fulgor de algunos incendios enrojecía el cielo con tonos siniestros. Todo estaba invadido por una

espesa multitud que chillaba y vociferaba, pidiendo venganza y castigo contra los asesinos del Emperador.

El desorden y la anarquía eran absolutos. El que no chillaba pidiendo la cabeza de los terrestres, reía estrepitosamente, embriagado de una manera bestial. Hombres y mujeres pasaban revueltos en una horrorosa confusión.

—¡Pronto, vamos! —masculló la joven, tirando del brazo de Helyssa.

—Mi coche está aquí —dijo ella, señalando un rotóptero estacionado frente al hotel.

—¡Adentro! —gritó Telvin y abrió la portezuela, no sin forcejar rudamente con un borracho que quería impedírselo.

El joven oyó un seco chasquido. El beodo se derrumbó, en tanto que Horni enfundaba el arma.

Telvin en persona tomó los mandos. Las hélices empezaron a girar en sus alvéolos y el aparato, tras unos ligeros balanceos, se elevó por los aires.

Visto desde un plano superior, el espectáculo era mucho más aterrador. Parecía como si la muerte del Emperador hubiera sido la brecha abierta, en el dique que, hasta entonces, bien o mal, había contenido las pasiones de los emfirianos. Pero ahora éstas se habían desbordado por completo.

Hábilmente conducido por Telvin, el rotóptero enfiló el camino de palacio, al que llegó en pocos minutos. El joven buscó un lugar donde estacionar el vehículo, hallándolo al fin en una de las explanadas laterales.

Oprimió un botón y al instante se volcó a un lado la cúpula protectora. Telvin saltó fuera, extendiendo la mano para ayudar a Helyssa a hacer lo propio. Los otros tres hombres les siguieron inmediatamente.

Afortunadamente, el lugar donde habían aterrizado estaba poco iluminado y menos concurrido. Pero ello no impidió a los recién llegados oír el estrépito y el griterío de las turbas desenfrenadas que habían invadido el palacio.

—Síganme —dijo ella.

Con Helyssa como guía, pronto encontraron una puertecita disimulada tras un espeso muro de verdor. La joven abrió y desapareció en ella, seguida por los cuatro hombres.

Telvin apreció al instante que se hallaban en un pasadizo, de suave pendiente ascendente que se enroscaba sobre sí mismo, conduciendo a la parte superior del palacio. Caminaron por espacio de un par de minutos y al fin hallaron otra puerta que Helyssa franqueó con la misma facilidad que la primera.

Entonces se encontraron en una vasta habitación de unos sesenta metros de largo por la mitad de ancho, totalmente desprovista de muebles y adornos de ninguna clase. El suelo era absolutamente liso, muy brillante lo mismo que el techo, y en la parte opuesta había una puerta parecida a la que acababan de atravesar.

Horni se llevó la mano a la nuca.

—¡Que me cuelguen si…!

—¿Dónde estamos? —le interrumpió el joven dirigiéndose a Helyssa.

—En el lugar donde yo deseaba —contestó ella en tono frío y enigmático, dirigiéndose hacia un lugar de la pared, en el cual se divisaba una especie de cajita transparente, en cuyo centro se veía un botón encarnado.

—Vengan a mi lado —dijo ella. Los terrestres, aturdidos, la siguieron.

—Esto es…

Helyssa calló de pronto. La puerta del frente acababa de abrirse.

Una turba de personas, vociferando y gesticulando todas ellas, penetró tumultuosamente en la estancia, precediendo a un grupo de hombres portadores de un objeto largo y negro, en el cual se veían algunas aplicaciones metálicas que destellaban rabiosamente.

—¡Aquí es! —gritó, uno.

—Instalaremos el catafalco en este lugar. Que todos los emfirianos puedan contemplar el cadáver de su emperador, vilmente asesinado por unos perros terrestres —vociferó otro.

Helyssa lanzó un gemido. Por su parte, Telvin masculló una imprecación al darse cuenta de lo que sucedía.

Los revoltosos se habían apoderado del ataúd que contenía los restos del monarca asesinado y andaban buscando un lugar donde exponerlo a las miradas de todo el mundo.

Los primeros que habían entrado refrenaron su marcha, enormemente sorprendidos al ver un grupo de gente en donde no esperaban hallar a nadie. Unos y otros, durante unos segundos, se

miraron estuporosamente.

Pero muy pronto se rompió el equilibrio, Alguien lanzó un alarido de júbilo.

—¡Mírenlos! ¡Ahí están!

—¡Son ellos, los terrestres!

—¡Los asesinos del Emperador!

—¡Matémosles!

La turba se puso en marcha, cada vez más escandalosa. Telvin dio una seca orden.

—¡Las armas, muchachos!

Cuatro cosmopistolas relucieron siniestramente al ser extraídas de sus fundas.

Entonces fue cuando Helyssa dijo:

—¡Quietos! No será preciso que hagan fuego.

Y abrió la cajita que había adosada a la pared, pulsando al punto el botón encarnado que se veía bajo el vidrio.

Instantáneamente sucedió algo totalmente inesperado.

El suelo se partió en dos, a todo lo largo de la estancia, por su centro, girando como si fueran las hojas de una gigantesca puerta.

Cogidos por sorpresa, la Mayoría de los levantiscos trataron de huir de aquel suelo que se les volvía resbaladizo bajo los pies. Pero la velocidad de giro de las dos mitades del pavimento era mucho mayor, y así, un buen número de espantados insurrectos, resbaló hasta caer al aposento inferior.

La altura era de ocho a diez metros. Una serie de espantosos alaridos de dolor se oyó cuando los cuerpos tomaron contacto con el duro suelo del piso inferior. Unos quedaron exánimes, quietos en el acto, en tanto que otros se retorcían sobre sí mismo y algunos se arrastraban por varios sitios, pidiendo un socorro que nadie estaba en condiciones de prestarles.

Pero, con ser esto sorprendente en grado sumo, lo que más asombró a Telvin no fue que el suelo se hubiera abierto, partiéndose por la mitad, sino el aparato que había en la planta inferior, contra cuyo metálico casco, de estridentes refulgencias, se habían estrellado algunos de los revoltosos.

A primera vista parecía un submarino, por su estructura de huso, muy alargada y afinada en los extremos. Pero carecía de la torreta de combate de éste, de modo que su superficie era casi

completamente lisa, a excepción de dos protuberancias semiesféricas, transparentes, situadas casi en los extremos del enorme artefacto, cuya longitud era casi la del cubículo en que estaba alojado.

Telvin Amrias comprendió al instante que se encontraba ante una nave espacial de nuevo diseño, aunque le tranquilizó el pensamiento de que, con una forma o con otra, todas las cosmonaves funcionaban de muy parecida manera, lo cual se lo confirmó el recuerdo de las frases pronunciadas por Helyssa al buscarlos, Ella les necesitaba porque no sabía manejar una nave, de modo que implícitamente había reconocido que ellos sí podían entendérselas con la que tenían bajo sus pies.

Al mismo tiempo que el suelo giraba hacia abajo, una serie de peldaños metálicos aparecieron en la mitad de aquel lado. Frente a ellos, los revoltosos se habían quedado mudos de asombro al ver lo que les había sucedido a sus compañeros.

Pronto reaccionaron, sin embargo, pero todas sus protestas hubieron de reducirse a insultos de mayor o menor calibre. Entre ellos y los fugitivos no había forma alguna de cruzar el espacio que les separaba, ya que, para obtener algo positivo, debían saltar abajo. Y ejecutar un salto de diez metros, sin escaleras de ninguna clase, era tanto como optar por un descalabro físico seguro.

Tranquilos a este respecto, Helyssa y sus compañeros emprendieron el descenso, llegando al suelo en pocos momentos. Una vez allí, la joven corrió hacia el centro de la nave, saltando en ocasiones por encima de los cuerpos que yacían en el suelo.

Helyssa se estiró y su mano presionó un conmutador, que, al mismo tiempo que hacía surgir unos peldaños del casco, abría una escotilla ovalada en el centro de la estructura del navío espacial. Ella fue la primera en iniciar el ascenso, acompañada por un horrible griterío de los emfirianos que, chasqueados, les veían huir sin poder hacer nada para evitarlo.

Voluntariamente, Telvin se quedó el último, protegiendo el ascenso de sus compañeros. Un par de piedras, extraídas Dios sabía de dónde, le fueron arrojadas con rabia, aunque las esquivó hábilmente. El metal del casco resonó al ser herido por los guijarros, pero bastaron un par de descargas por encima de aquellas cabezas, para que los exaltados huyeran en tropel. Al hacerlo,

arrojaron el ataúd con el fin de huir más aprisa y el cuerpo del Emperador rodó por los suelos.

El sargento asomó por la escotilla.

—¡Pronto, coronel! —le urgió.

Telvin enfundó la pistola y puso la mano en el peldaño que tenía frente a sus ojos. Agarrándose al mismo, emprendió el ascenso.

Unos segundos más tarde, la escotilla se cerró bruscamente a sus espaldas. El joven reparó que se hallaban en una cámara semicircular, de la cual partían varias puertas que daban a los distintos departamentos de la cosmonave.

Helyssa se despojó de la capa.

—La nave tiene esta forma —dijo—, para permitir su fácil acomodo en el interior del palacio. Pero, interiormente, es exactamente igual a las que ustedes conocen. Para despegar pueden utilizar los generadores de antigravedad. El resto es idéntico. ¿Quién de ustedes será el piloto? —preguntó al final.

—Cualquiera de nosotros puede desempeñar ese papel —respondió el joven—. Lo que me preocupa, sin embargo, es cómo vamos a salir de aquí. Hay un techo por encima de nosotros. Y no me refiero al de esta cámara, precisamente.

—El techo a que usted alude. Telvin, se abre por control remoto, desde la cámara de mandos, y funciona de idéntica manera al suelo; Vengan conmigo, yo les enseñaré dónde se encuentra el cuarto de control.

Ella echó a andar, ágil, elástica, con una gracia inimitable en todos y cada uno de sus movimientos. Telvin la siguió y fingió no ver el guiño de picardía que Horni hacía a sus tres hombres.

Unos momentos más tarde hablan llegado al lugar indicado. Había seis sillones en la cámara, para los distintos puestos que cada tripulante debía ocupar, y todos ellos estaban situados frente a los aparatos de control. Dos de ellos, sin embargo, se hallaban en la dirección de la marcha y eran, según vio el joven al instante, los destinados al piloto y copiloto.

La mano de Helyssa pulsó un botón. Por encima de sus cabezas se veía una cúpula, cuyo vidrio transparente les permitió ver la abertura del techo, cada vez mayor a medida que sus hojas, idénticas a las del pavimento, iban girando. El cielo brilló con rojos fulgores por encima de ellos.

—Bien —preguntó Telvin, sentándose en su sillón—. Y ahora ¿hacia dónde?

—¡Hacia el Sistema Muerto! —contestó ella sin vacilar, ajustándose las correas de seguridad.

CAPÍTULO VII


on infinita suavidad, pero con gran rapidez al mismo tiempo, la cosmonave se elevó, surgiendo al aire libre en contados segundos.

Durante un buen rato, Telvin no hizo otra cosa que estar atento al control del aparato. Había navegado demasiado con sus hombres para que todos juntos no formasen un equipo bien entrenado, y así las cosas se desarrollaron con absoluta normalidad.

Poco a poco, el joven fue acelerando, utilizando para ello los mecanismos anti gravitacionales. Cuando hubo alcanzado la velocidad de despegue, conectó los chorros.

La nave sufrió un fortísimo empujón. Emfir empezó a quedarse bajo ellos, cada vez más pequeño a medida que ganaban espacio. Los dos soles que alumbraban el planeta surgieron casi repentinamente cuando el artefacto salió del cono de sombra que Emfir proyectaba en el vacío.

—Rebajen la intensidad de la luz —ordenó, y al instante, el

tripulante Garzy manejó el mando polarizador del vidrio de la cúpula, reduciendo el terrible fulgor a unos límites normales y perfectamente soportables.

Bajo sus pies, el planeta surgió, girando lentamente en el espacio. Una débil línea de claridad apareció, como una delgada raja de melón, haciéndose mayor a medida que pasaba el tiempo. La peculiar situación de las dos estrellas que alumbraban el planeta, aparentemente juntas la una a la otra pero situadas casi en fila, hacían posible aquello.

Cuando el aparato estuvo en franquía, navegando a una moderada velocidad de un centenar de miles cíe kilómetros a la hora, Telvin conectó el piloto automático.

—Pueden soltarse los cinturones —dijo.

Y luego se volvió hacía la joven, mirándola fijamente.

—El Sistema Muerto —murmuró—. De modo que es ahí donde usted quiere llevarnos.

Ella se puso en pie, sonriendo graciosamente, al decir:

—¿Cómo no? Sin embargo, deduzco de su expresión que usted aguarda una explicación, ¿no es así, Telvin?

—Me maravillan sus facultades deductivas Helyssa —ironizó el joven.

—Muy bien. Tendrá esa explicación… pero antes debemos hacer algo por nosotros mismos. ¿Quién de ustedes —se dirigió al resto de la tripulación—, quiere hacer de ayudante de cocinera?

Hubo un pequeño tumulto cuando los cuatro hombres Se disputaron a la vez el honor de acompañar a la joven al pañol de víveres de la nave. Al final ganó Horni.

—No sé cómo hay mujeres —comentó con estudiada indiferencia el joven—, capaces de cuidarse de su estómago a las pocas horas de haberse quedado viudas.

Los ojos de Helyssa destellaron peligrosamente.

—En lo sucesivo, absténgase de recordar ciertos hechos de mi pasado, Telvin, a menos que yo no se lo autorice específicamente, ¿me ha oído?

—Perfectamente —repuso él, buscando un cigarrillo.

Helyssa le miró durante unos segundos y luego, bruscamente, dio media vuelta y salió de la estancia seguida por el sargento.

Volvieron los dos media hora más tarde con sendas bandejas

cargadas de alimentos. Una mesita surgió del suelo y los cinco ocupantes de la nave se sentaron en torno suyo, comenzando a comer. Telvin halló que tenía más apetito del que hubiera podido calcular y despachó su ración con rapidez.

Al terminar, uno de los tripulantes se encargó de despejar todo. Frente a sendas tazas de café, los dos jóvenes quedaron cara a cara, en tanto que los demás, prudentemente, se levantaban de la mesa.

Oirían todo, ya que la cámara no era muy grande, pero así les demostraban cierto respeto indicador de la superior categoría de la pareja.

Ella prendió un cigarrillo. Expulsó el humo y dijo:

—Bien, Telvin, vamos con esa explicación que usted, está aguardando tan ansiosamente, ¿no es así?

—Usted me ha sacado de un grave apuro, lo mismo que a mis compañeros —repuso el joven—. Por lo tanto, la ayudaré a conseguir lo que desea… aunque no veo qué es lo que puede encontrar en el Sistema Muerto.

Helyssa sonrió enigmáticamente.

—En primer lugar, le aclararé la existencia de esta nave en palacio. Hace tiempo que yo había previsto lo que iba a suceder. Tiwol era un hombre débil, vacilante, irresoluto, atento únicamente a disfrutar y a gozar de lo que la vida podía ofrecerle… y podía ofrecerle mucho en su posición, como usted sin duda pudo apreciar personalmente.

Telvin asintió.

Ella prosiguió:

—Por eso ordené preparar y alistar la nave en la forma en que usted la vio. La doté de todo cuanto se podía necesitar en una larga travesía. Podemos vivir hasta dos años en el espacio, sin necesidad de reavituallarnos de nuevo, mas, sin embargo, no creo que sea preciso llegar hasta un límite tan extremo. Emfir tiene, o tenía, mejor dicho, una decena de miles de planetas en su imperio, muchos de los cuales, a pesar de permitir una vida fácil, están completamente desiertos. Usted seguramente los conoce tan bien como yo, de modo que, en caso de emergencia, podríamos acogernos a uno de ellos.

»Pero repito que no llegará tal coyuntura, porque antes habremos llegado al Sistema Muerto. Ese sistema, como usted no

ignora, está situado a unos nueve años luz de Emfir, lo cual representa, utilizando los motores hiperespaciales de la nave, unos nueve años luz de Emfir, lo demás corre de mi cuenta.

—Usted prometió llevarnos a la Tierra.

Ella meneó la cabeza.

—Procure ser exacto, Telvin. Dije que tenía grandes probabilidades de enseñarles el planeta origen, lo cual no quiere decir que haya de encontrarlo a la fuerza. Sin embargo, tengo grandes indicios para suponer que lo hallaremos. Pero antes quiero ir al Sistema Muerto.

—Si usted lo desea, la llevaremos. Cualquiera de nosotros podría hacerlo. Hemos bordeado sus planetas infinidad de veces, aunque nunca nos hemos resuelto a aterrizar en ellos. Todos están empapados de radiactividad.

—¿Está seguro? —preguntó ella, con cierto tonillo burlón.

Telvin se puso rígido.

—No puedo dudar de lo que mis ojos han visto —contestó secamente.

Helyssa hizo un gesto conciliador.

—Está bien, no se ponga así, Telvin. Creeré en su palabra…, pero usted y sus hombres me llevarán a donde yo digo.

—¿Por qué? ¿Qué empeño tiene en ir a un sistema completamente deshabitado, donde no existe el menor signo de vida y donde la muerte espera indefectiblemente a todo el que pone el pie en uno de sus planetas?

Ella, sonrió de manera enigmática.

—¿Usted cree? —Y luego añadió—: Perfectamente, se lo diré. Quiero ir allí, porque sé que es el único sitio de la Galaxia en donde no me van a buscar. Todo el mundo cree lo mismo que usted, Telvin; y por lo tanto, resulta obvio deducir que nadie será lo bastante tonto como para ir a un sitio donde la muerte es segura, ¿verdad?

—Sus palabras no tienen vuelta de hoja… en teoría, al menos, Helyssa. Iremos allí y la esconderemos de sus enemigos. Y ahora, ¿quiere decirme algo más sobre el asunto?

La joven enarcó las cejas.

—¿Qué asunto?

—Pues éste que le ha hecho buscarnos para ayudarla a huir. No

olvide que el difunto Emperador me había despedido y esto significaba casi la disolución de la Guardia Solar. Todos juntos éramos indestructibles, formábamos un bloque compacto difícil de atacar, pero ahora, individualmente, somos unos simples seres humanos… a los cuales hay que matar y exterminar como bestias dañinas. Y si usted ha buscado la compañía de unos hombres desesperados, es que también lo está.

Toda la energía de que hasta entonces había hecho gala la joven pareció esfumarse al escuchar las últimas palabras de Telvin. Escondió la cara entre las manos y, durante unos segundos, sus hombros se estremecieron espasmódicamente.

Telvin levantó una mano. Garzy se le aproximó.

—Mira a ver si encuentras algo de beber —le dijo—; lo está necesitando.

Garzy asintió, volviendo poco más tarde. Trajo una copa que Helyssa tomó con ambas manos.

El metal tintineó al tocar sus dientes varias veces. Al fin, con grandes apuros, la joven pudo dominar el temblor de sus manos y bebió largamente.

Devolvió la copa, agradeciendo el gesto con una pálida sonrisa. Luego miró a Telvin. Éste se dio cuenta de que las pupilas de su interlocutora estaban húmedas.

—Quiero ser fuerte —sonrió ella—, y me olvido de que no soy más que una débil mujer. Dispénseme, se lo ruego.

Telvin le pasó un cigarrillo recién encendido. Ella aspiró el humo nerviosamente un par de veces y luego pareció tranquilizarse.

—No me pregunte más, por favor —dijo—. He pasado mucho en los últimos tiempos y mi deseo es olvidar todo… cuanto antes, a ser posible. ¿Sabe usted que últimamente ya no podía dormir si no era recurriendo a los hipnóticos?

Telvin meneó la cabeza.

—Mal asunto —dijo—, aunque aquí, por el momento, nadie la molestará. Y por supuesto, en el Sistema Muerto tampoco.

—Quiero que sepa que no soy la asesina de mi esposo. Aparentemente, las circunstancias están en contra mía. Pero yo no fui. Por el contrario, ya le he dicho que me he visto obligada a huir para salvar mi propia vida, Y sí lo consigo les estaré agradecida toda la vida.

—Ya nos lo paga suficientemente. Nos proporciona los medios de huir y, además, nos llevará a donde nosotros deseamos.

—Ya le dije que no estoy segura de encontrar su planeta origen, Telvin. Pero todas las probabilidades juegan a nuestro favor. Y… hablando de otra cosa, ¿usted no sintió nunca la tentación de explorar el Sistema Muerto?

Telvin movió la cabeza negativamente.

—No, nunca se me ocurrió tal cosa.

—Pero una de las misiones de la Guardia Solar era vigilar las Espaciolíneas. ¿No cabía que algunos malhechores hubieran tratado de refugiarse en dicho Sistema?

—Hubieran muerto, con toda seguridad.

—¿Cómo lo sabe usted?

Cogido por sorpresa. Telvin tardó unos segundos en contestar.

—Pues… yo… Siempre lo he oído decir así —murmuró un tanto enojado.

—Sin embargo, nunca se le ocurrió comprobarlo personalmente.

El joven se echó a reír.

—Para comprobar si una cosmopistola está cargada no se me ocurrirá ponerme el cañón en la sien y apretar el disparador.

—Por supuesto que no, pero hay otros medios para comprobarlo. ¿Nunca los utilizó?, refiriéndome al Sistema Muerto, claro está.

Telvin volvió a mover la cabeza.

—Entonces, repito, ¿cómo lo sabe? ¿Qué pruebas tiene de ello?

—Pues yo… siempre lo han dicho así. En los manuales de instrucción se nos recomendaba especialísimamente evitar todo tránsito por las inmediaciones de cualquier planeta perteneciente al mencionado sistema.

—De modo que usted no ha estado nunca por allí.

—No, pero sé cómo llegar a él.

Ella se reclinó, suspirando aliviada.

—Bien, así está mucho mejor. Yo le demostraré que esos manuales estaban equivocados.

Los ojos de Telvin se dilataron enormemente.

—¿Có… cómo lo sabe usted?

—Prefiero callármelo, por ahora —dijo, y después se puso en pie —. Si no les importa, quisiera descansar. En los últimos días no lo

he hecho con frecuencia.

—No abuse de los soporíferos —le recomendó el joven.

—Seguiré su consejo —sonrió ella, saliendo de la cámara.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Horni y los otros tres soldados se le echaron encima.

—¿Qué cuentos son ésos que se trae la individua? —refunfuñó el sargento.

—¿Usted cree todo lo que nos ha contado, coronel? —preguntó Garzy.

—Si ella se empeña en aterrizar en uno de los planetas del Sistema Muerto, que lo haga —masculló Sander—. Por mi parte…

—No formulen juicios precipitados —dijo Telvin severamente—. Por mi parte, creo en lo que ha manifestado, naturalmente, con ciertas reservas. No obstante, una cosa es cierta: gracias a ella, estamos fuera de Emfir.

—Algo es algo —murmuró Horni, rascándose la cabeza—. Bien, será cosa de distribuir las guardias, ¿no es así, señor?

Telvin asintió.

—Sí, hemos de descansar. Antes de efectuar el primer tránsito hiperespacial, conviene reponer las fuerzas. Váyanse a dormir, muchachos; yo haré el primer cuarto.

Horni y los demás se marcharon. Cuando Telvin se hubo quedado a solas, encendió un cigarrillo.

Miró las estrellas a través de las volutas de humo azul. Hizo funcionar su mente, tratando de encadenar los hechos de tal modo que compusieran un todo lógico y armónico que le resolviera los acuciantes problemas que ocupaban su imaginación, pero no pudo conseguirlo por más que lo intentó.

Durante un buen rato permaneció sentado en el mismo sitio. Más tarde sintió que el sueño le rendía y, no queriendo dormirse, se dijo que le convendría tomar un poco de café para mantenerse en pie.

Se levantó, pues, y tomó el camino de la despensa. Salió de la cámara de control y recorrió el pasillo, dirigiéndose al lugar donde suponía debía hallarse la cocinilla de la nave.

A mitad de camino vio una puerta abierta parcialmente. No pudo contener una mirada de curiosidad y, aun estando solo, se puso colorado al darse cuenta de que se hallaba junto al camarote

de Helyssa.

Prudentemente, procurando no hacer el menor ruido, tomó la manija y cerró suavemente, continuando su camino sobre las puntas de los pies.

Pero apenas había dado un par de pasos, cuando se vio obligado a detenerse. Algo estalló dentro de su cabeza con silencioso estruendo.

Durante unos segundos estuvo reflexionando. Había visto a Helyssa tendida en su litera, pero ahora se daba cuenta de que la postura de la joven no era normal.

¿Por qué estaba completamente vestida? ¿Por qué tenía un brazo colgando en el aire y la cabeza vuelta al lado opuesto? ¿Por qué, en fin, dormía con la puerta abierta casi de par en par y la luz encendida?

Todas estas preguntas se las formuló el joven en el breve espacio de un segundo y en el segundo siguiente había tomado ya su resolución.

Volvió sobre sus pasos y abriendo la puerta, irrumpió en el camarote de Helyssa.

Avanzó hasta la litera y se inclinó sobre ella, observando, con satisfacción, que parecía respirar normalmente. Pero luego sus temores volvieron cuando advirtió en su rostro una palidez, cerúlea.

Tomó la muñeca que pendía inerte y halló un pulso bastante débil.

En su subconsciente, una campana tañía con fuertes toques de rebato. Allí ocurría algo, pero ¿qué era?

La mirada del joven recorrió todo el mobiliario de la estancia, haciéndolo en pocos segundos, precisamente por la escasez del mismo. A la cabecera del lecho se veían algunos objetos de uso personal de la joven y entre ellos un vaso con un dedo de agua en su fondo. Y al lado…

Los dedos del joven tomaron el tubo de vidrio que habla junto al vaso. Leyó la fórmula que había grabada sobre el papel y al momento un estremecimiento sacudió todo su cuerpo.

Telvin no lo dudó más; saliendo de la estancia, corrió en busca del sargento.

Lo halló después de un par de intentos. Sacudió fuertemente el cuerpo de Horni, hasta conseguir despertarlo.

—¿Qué…, qué es lo que pasa? —preguntó el hombre, con los ojos cargados de sueño.

—¡Despiértese, Horni! ¡Pronto, venga conmigo! El sargento lanzó un bostezo descomunal.

—Pero…, bueno: ¿se puede saber qué diablos…?

CAPÍTULO VIII



ientras el sargento terminaba de levantarse, Telvin corrió hacia el lugar donde suponía debía hallarse el botiquín de urgencia. Lo encontró después de algunos tanteos y buscó en él frenéticamente algunos medicamentos que sabía que le iban a ser muy útiles en un caso como aquél en que se encontraba.

Cogió tres o cuatro frascos.

Cargado de ellos, regresó a la cámara donde la joven dormía en ruta hacia la muerte. Horni estaba ya allí; pero, paralizado por el asombro, no sabía qué hacer.

—¡Café! —Encargó el joven—. A litros, muy puro y muy fuerte. ¡Pronto o se nos morirá!

Era evidente que alguien se había aprovechado de la debilidad de Helyssa para propinarle una fuerte dosis de narcótico. Sin embargo, Telvin no podía ocuparse en aquellos momentos de otra cosa que no fuera intentar desesperadamente salvar una vida que se

le escurría con rapidez de entre los dedos.

Preparó una monumental dosis de magnesia y, tomando a Helyssa con el brazo izquierdo, la sentó en la cama. Luego apoyó sus espaldas contra la pared y tapándole con dos dedos la nariz, la obligó instintivamente a que abriera la boca. A continuación le acercó el vaso a los labios.

Le costó mucho y aun así el líquido se derramó en buena parte, obligándole a preparar una nueva dosis. Al fin consiguió su propósito, después de lo cual la colocó en la litera, atravesada sobre la misma y con la mitad del cuerpo fuera de ella, de modo que pendiera sobre el suelo, en posición forzadamente inclinada.

Era lo único que cabía hacer, ya que carecía, naturalmente, de les aparatos necesarios para practicar un lavado de estómago. El pulso de la muchacha se iba debilitando por momentos y, si no reaccionaba pronto, su fin no tardaría mucho en llegar.

Afortunadamente, los cuidados del joven tuvieron bastante éxito. Era ni más ni menos, lo que suele hacerse con una persona que ha permanecido sumergida en el agua durante más tiempo del normal, y las sacudidas que dio al cuerpo de Helyssa y las numerosas flexiones que le hizo con ambas manos en el costado y en el estómago consiguieron lo que Telvin deseaba.

A pesar de todo, Helyssa no recobraba el conocimiento. Pareció aliviarse un tanto, pero su estado continuaba siendo crítico. En aquel momento llegó Horni con una cafetera llena hasta arriba.

—Un vaso, pronto —pidió el joven.

El sargento se lo entregó. Entre los dos le hicieron beber el café y cuando hubo terminado aquel vaso, repitieron la dosis dos o tres veces más. Súbitamente, un hondo suspiro se escapó del pecho de Helyssa.

—Parece que esto marcha, señor —dijo el sargento jubilosamente.

—No esté tan seguro, Horni. Aún tenemos mucho que hacer. Otro vaso de café, pronto.

Mientras el sargento le hacía beber a la muchacha, Telvin preparó una inyección de un estimulante que él había utilizado en casos de emergencia. Con un cuchillo rasgó la tela que cubría el brazo de la aguja, empujando lenta y decididamente el émbolo de la jeringuilla hasta el fondo.

—Helyssa se está muriendo, Horni. *¡La han envenenado!*

—Ayúdeme, Horni. Hemos de ponerla en pie.

Cada uno de los hombres tomó un brazo de Helyssa y se lo pasaron por encima de los hombros, después de lo cual empezaron a pasearla arriba y abajo de la cámara, haciéndola andar a pesar de que todavía continuaba sumida en la inconsciencia.

Alternaron los paseos con más tomas de café, de modo que un cuarto de hora más tarde Helyssa suspiró y abrió los ojos.

Miró a Telvin con expresión velada.

—¿Qué me pasa? ¿Por qué me tienen en pie?

—No hable y camine —contestó él lacónicamente.

—Estoy muy cansada… Tengo mucho sueño; déjeme dormir.

—Camine. ¡Despacio! ¡Vamos, Horni, ayúdeme!

A pesar de las protestas de la muchacha, los dos hombres continuaron en su tarea, con arduo esfuerzo, sin cejar en ello. El sudor empezó a correrles por la espalda, pero, a pesar de todo, siguieron tercamente yendo y viniendo a través de los cinco metros de espacio de la cámara.

Helyssa protestó y suplicó, pero todo fue en vano. Hubo una vez que se dejó caer al suelo, negándose rotundamente a dar un paso más. Telvin, exasperado, la tomó por debajo de las axilas y la puso en pie.

—¡Estúpida! —la increpó—. ¿Es que quiere morir? Siga caminando hasta que haya desgastado las plantas de los pies. Horni, más café.

A la fuerza la hicieron beber otro enorme vaso de la negra infusión. Helyssa sollozó y pataleó, insultando atrozmente a la pareja, pero Telvin no se dejó amilanar por las imprecaciones de la joven. El primer vaso se lo escupió ella a la cara, pero el joven, obrando de modo inesperado, la abofeteó rudamente, haciendo afluir los colores por primera vez a aquel rostro hasta entonces pálido, blanco como la nieve.

Helyssa gimió y sollozó, pero Telvin continuó con terquedad el tratamiento. El rostro de la joven aparecía brillante por el sudor y sus cabellos, lacios y mojados, pendían a ambos lados de la cara, cosa que alegró no poco a Telvin, sabedor de que la transpiración eliminaría no pocas de las toxinas adquiridas por ingestión.

Fue una prueba dura, cuyo éxito, muy discutible al principio,

terminó por afianzarse. Telvin supo que habían triunfado cuando Helyssa le pidió por favor que la dejaran en paz descansar unos momentos, prometiendo solemnemente no dormirse.

—Antes de consentírselo tiene usted que hacer una cosa —dijo y, sin querer escuchar sus protestas, la tomó por el brazo y la llevó consigo hasta el cuarto de aseo de la cosmonave.

Telvin dio media vuelta a un interruptor y al instante empezó a funcionar un aspirador de aire, situado en el pavimento, exactamente bajo la ducha. Estaban volando sin gravedad y no quería entretenerse en conectar el mecanismo correspondiente.

Después dio media vuelta a la llave del agua, buscó el indicador de la temperatura y la graduó, en doce grados centígrados, a continuación de lo cual lanzó a la muchacha al centro de la ducha.

Helyssa se estremeció al sentirse empapada por el agua. Quiso salirse de allí, pero Telvin se lo impidió enérgicamente, hasta que ella se convenció de que no lograría nada positivo con aquella irrazonable actitud.

—Déjeme, por favor —suplicó—. Ya no me dormiré. Se lo prometo.

—Está bien, pero tiene que permanecer ahí un buen rato todavía.

—Lo haré —contestó ella mansamente, hablando a través de la cortina de agua que fluía inmediatamente del techo. La corriente de aire succionaba los hilos de líquido hacia abajo, causando el mismo efecto que si se encontrasen en un lugar con gravedad normal.

—Bien —dijo Telvin—. Supongo que, puesto que tenía esta nave alistada desde mucho tiempo antes, no dejaría de haber preparado ropa de repuesto, ¿verdad? ¿Dónde la tiene?

Ella se lo indicó. Telvin la buscó y volvió unos minutos más tarde con un montón de toallas y un traje nuevo, que dejó en un colgador. Con todo el aspecto de una gallina mojada, Helyssa permanecía inmóvil, dejando que el agua corriera a todo lo largo de su cuerpo.

Cinco minutos más tarde, Helyssa salía del cuarto de aseo, friccionándose el empapado cabello con una toalla. Le miró con aire de enojo.

—Antes me ha golpeado —se quejó.

—No me diga —se burló él—. ¡Claro que la he golpeado! Tenía

que salvar su vida, ¿comprende? Vamos a su habitación.

Telvin advirtió que ella tenía aún las piernas muy flojas. La tomó por el brazo y la acompañó hasta la cámara, en la cual se hallaba aún el sargento.

El rostro de Horni se iluminó.

—¿Está bien del todo? —inquirió.

—Sí —contestó Telvin—. Prepárenos más café y luego déjenos solos, Horni.

Éste saludó.

—Sí, señor.

Unos minutos más tarde, los dos a solas, Telvin se enfrentó con la joven.

—Supongo que se habrá dado cuenta de lo que le ha sucedido.

Ella asintió. Todavía se notaban en su rostro las señales de la dura lucha sostenida.

—Sí. Y si antes le insulté, le ruego que me disculpe; no sabía lo que me hacía. Sólo quería dormir…, dormir…

—Ha estado a punto de hacerlo para siempre —contestó él adustamente—. Pero esto es ahora lo de menos. Lo importante es que han tratado de asesinarla, y quiero hacerle algunas preguntas para aclarar cómo ha sido. Quiero respuestas francas, ¿me entiende?

—Me parece que el éxito se le ha subido a la cabeza —contestó ella con orgullo—. ¿Ha olvidado quién soy?

Telvin contuvo una sonrisa.

—No me venga ahora con categorías, Helyssa. Aquí estamos una mujer y un hombre solamente…, acompañados por cuatro hombres más. La mujer ha estado a punto de morir, por culpa de uno de ellos, entre los cuales, naturalmente, puedo incluirme yo mismo. Uno de nosotros cinco ha sido el asesino en potencia y quiero averiguar cuál es, porque así sabré quién de nosotros obra de concierto con los asesinos de Tiwol.

—Está bien —dijo ella, ya más amansada—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Lo primero y principal: ¿cómo tomó tan elevada dosis de narcóticos?

Helyssa frunció el ceño, tratando de concentrarse.

—Una parte debió ser cuando cenamos. Supongo que es así,

porque al irme a descansar noté un sueño que era desusado en mí especialmente en estos últimos tiempos. Tanto es así que renuncié incluso a tomar la acostumbrada pastilla de soporífero, confiando en que me dormiría por mi sólo esfuerzo… como así sucedió.

Telvin apoyó la mejilla en una mano.

Dijo pensativamente:

—Es evidente que el asesino entró en su estancia subrepticiamente, después de haberse dormido usted. Entonces, disolvió en agua un puñado de tabletas y…

—Pero ¿cómo pudo hacerlo? Yo estaba completamente dormida. Me hubiera despertado, ¿no lo cree?

—¿Por qué se iba a haber despertado? Usted misma ha dicho que ya en la cena debieron propinarle una dosis de somnífero. Esto bastó para infundirla un pesado sueño, durante el cual usted no advirtió siquiera que la estaban envenenando. ¿Acaso recuerda mis primeros esfuerzos por vaciarle el estómago?

Ella se estremeció, al mismo tiempo que enrojecía.

—No, pero no me lo recuerde, por favor.

—Pues lo mismo que hicimos nosotros hizo el asesino. Ahora bien: ¿cuáles son los motivos que tuvo éste para desear su muerte?

—Yo creía que todos sus hombres le eran fieles, Telvin —dijo ella con despego.

—También yo, pero ahora no hablamos de ellos, sino de los móviles del crimen, afortunadamente frustrado. ¿Qué vieron en usted que deseaban su muerte?

—Olvida que sigo siendo la heredera del trono de Emfir y, que mientras yo viva, el asesino de mi esposo, no podrá ocuparla con tranquilidad.

—Ése sería un buen motivo, en efecto, y yo —murmuró él—, no veo otro. Aunque, en el fondo, me parece que debe haber algo más.

—¿Por qué dice eso, Telvin? —preguntó ella, muy intrigada.

El joven se pellizcó el labio inferior.

—Pongámonos en el lugar del asesino. Quiere matarla a usted, es esto evidente; pero cuando un hombre ha llegado a tales extremos, las cosas se le simplifican bastante. El ambiciona la corona imperial, por supuesto. Ahora bien, muerto Tiwol y ausente su viuda, ¿no sería más fácil dictar una ley, proclamándose emperador por tales motivos? A un hombre, en tales circunstancias,

no se le niegan esas argucias más o menos legales. Le basta decir que por no hallarse usted presente, se le considera complicada en la muerte de su propio esposo y, por lo tanto, se le desposeen de todos cuantos derechos pudiera tener para el acceso al trono. Por lo tanto, no le es estrictamente necesario matarla para conseguir sus turbios fines. Hay, debe haber algún otro motivo para ello. Cuál es éste —concluyó Telvin, muy pensativo—, no se me ocurre de momento.

Ella no contestó. Durante unos segundos, los dos permanecieron silenciosamente. Después, Helyssa sugirió:

—Y ahora, ¿no sería mejor que se ocupase de descubrir cuál de sus hombres me propinó el narcótico?

Telvin la miró fijamente.

—Por ahora —dijo—, solamente estamos enterados el sargento y yo, aparte de usted, naturalmente. Quedan tres tripulantes que deben ignorar lo sucedido, es decir, que en este momento, por lo menos, no saben que la hemos salvado. Uno de ellos sí sabe que usted tomó el narcótico: el mismo que se lo dio a tomar. Pero no quisiera hacer nada por el momento.

—¿Por qué?

—Sería lo mismo que espantar la liebre, Helyssa, Si mañana aparece usted con toda normalidad, el hombre se desconcertará bastante, pues en estos momentos la supone muerta. Debemos estar alerta en todo instante, con el fin de que el asesino de un paso en falso y se descubra por sí mismo. Conseguido esto, lo demás será cosa sencilla.

—¿Y qué hará usted con él, si logra probárselo?

—¡Matarlo! —respondió el joven con ferocidad—. Matarlo, porque eso indicaría que está también complicado en el asesinato del emperador. Y. —Telvin inspiró profundamente—, aunque me despidió, le había sido fiel.

Hubo una corta pausa de silencio. Después Telvin murmuró:

—Ahora le conviene descansar. Ciérrese por dentro y no abra a nadie que no sea yo. Mañana nos veremos. Procure usted hacer vida normal, como si nada hubiera sucedido. Esto jugará a nuestro favor, no sé si me comprende.

Ella se puso en pie, íntimamente conmovida.

—Le entiendo perfectamente, Telvin, y me gustaría hacerle saber cuánto le agradezco sus esfuerzos en mi favor. Algún día, quizá no

muy lejano, podré demostrarle prácticamente mi agradecimiento.

—Me basta con lo que acabo de oír —contestó él, y salió de la cámara.

Durante los días siguientes no ocurrió nada. Telvin estudió las reacciones de todos sus hombres, sin encontrar en ninguno de ellos el menor síntoma sospechoso. Todos se comportaban con plena normalidad, y salvo Horni, que estaba enterado de lo sucedido, ninguno de ellos dio muestras de conocer el incidente que había estado a punto de acabar con la vida de la joven.

Para Telvin estaba claro que el asesino había tenido otros motivos diferentes que el de la herencia al trono para querer acabar con la vida de la joven. Sin embargo, y per más esfuerzos que hacía, no pudo conseguir dar con una explicación plausible, por lo cual hubo de resignarse a dejar correr el tiempo, el cual, ocupado con el manejo de la nave, se le hizo más corto de lo que él mismo había pensado.

Tal como había predicho Helyssa, al noveno día de viaje avistaron el Sistema Muerto. Había nueve planetas en él, algunos de ellos de gigantescas dimensiones y casi todos acompañados por uno o más satélites mucho más pequeños.

Al hallarse cerca del sistema, desconectaron los motores hiperespaciales, viajando a velocidades sublumínicas con los chorros corrientes, ayudados de vez en cuando por el sistema antigravitacional de la nave, con el fin de consumir la menor energía posible. El espacio estaba absolutamente desierto de otra nave, como Telvin comprobó utilizando con frecuencia los detectores.

Había una estrella amarilla, centro de aquel sistema, hacia la cual se dirigieron, reduciendo progresivamente la velocidad. Estudiaron las condiciones de vida de algunos de aquellos planetas, pero hallaron que no era posible habitarlos en forma ordinaria, por lo que pasaron de largo, encaminándose en busca de uno de ellos que reuniese las cualidades apetecidas.

Poco a poco se fueron acercando al centro del Sistema. Entre el quinto y el cuarto planetas había un enorme espacio, en apariencia vacío, pero en la realidad ocupado por miles y miles de corpúsculos de materia de todos los tamaños, algunos, incluso, de varios centenares de Kilómetros, pero en su inmensa mayoría de

pequeñísimo tamaño, el suficiente, sin embargo, para destrozar la nave con un leve contacto tan sólo.

Aquel inesperado contratiempo les hizo reducir enormemente la velocidad, viéndose obligados a navegar con infinito cuidado, pendientes de los detectores en todo momento. Los zigzags fueron tan frecuentes que causaron mareos a más de uno de los tripulantes y aun Telvin necesitó de toda su fuerza de voluntad para poder permanecer en su puesto de pilotaje, cosa que hizo casi ininterrumpidamente durante cuarenta y ocho horas, hasta que un amplio barrido del espacio con el radar le indicó que los obstáculos se habían reducido notablemente.

El peligro había pasado.

Varios días más tarde alcanzaron un planeta, por el cual pasaron de largo, ya que su poco densa atmósfera no era propicia a una vida en normalidad de condiciones. Telvin avistó otro a unos ochenta millones de kilómetros y hacia allí enderezó la proa de la nave.

Cuando alcanzaron el tercer planeta del sistema, Telvin estableció una órbita espiral en torno al mismo, de modo que la cosmonave fuera perdiendo altura. Los sensibles detectores de la nave señalaron bien pronto las ideales condiciones de humedad, presión atmosférica y temperatura superficial del plateado globo que se extendía bajo ellos, cuya capa exterior no era claramente visible a causa de las numerosas nubes que la cubrían.

Pero a medida que descendían la visión se hacía más fácil, y pronto pudieron advertir espacios sólidos, alternando con otros líquidos, éstos de mucha mayor extensión que aquéllos. El cálculo indicó a Telvin que el agua cubría la superficie de aquel globo de unas tres cuartas partes de su extensión, quedando el resto para la tierra firme, en la cual se veían manchas verdes alternadas con otras, menos frecuentes, afortunadamente, de color amarillo.

—Bien —dijo—, creo que hemos encontrado un lugar ideal para vivir. ¿Qué le parece, Helyssa? ¿Qué os parece, muchachos?

—Creo que no tendremos grandes dificultades para establecernos —comentó el sargento.

—Lo mejor será buscar un lugar donde haya agua potable. Aterrizaremos allí y veremos de establecer un campamento provisional —sugirió Sander.

—Ésa es una buena idea —repuso el joven, el cual, acto seguido,

se volvió hacia Helyssa—. ¿No tiene usted nada que añadir?

—Lo dejo todo en sus manos, Telvin. Confío en su discreción.

—Gracias —repuso él, disponiéndose para la maniobra de aterrizaje.

Poco a poco la nave fue perdiendo altura. La tierra se fue acercando, pero, cuando sólo se encontraban a linos treinta mil metros del suelo, el sistema de alarma comenzó a chirriar estruendosamente.

Telvin arrojó una mirada a la pantalla.

—¡Todo el mundo a los asientos! —ordenó secamente—. ¡Sujétense con las correas! ¡Nos están atacando con torpedos!

CAPÍTULO IX

o mismo Helyssa que los demás tripulantes obedecieron prestamente. Unos instantes después Telvin ponía en funcionamiento los chorros laterales y la nave se movía de costado, esquivando por pocos metros un proyectil de enorme grosor, tanto casi como la misma cosmonave, que pasó rugiendo y dejando tras sí una flameante estela de chispas.

La capa atmosférica era muy tenue aun a aquella altura, pero en la nave se sintió claramente el desplazamiento del aire causado por aquel gigantesco proyectil, cuya misma velocidad había hecho que apenas si pudieran entreverlo los ocupantes del aparato. La cosmonave se agitó durante unos momentos, zarandeada por los remolinos causados por el paso del colosal cohete, hasta que poco a poco y por sí sola fue recuperando su primitiva estabilidad.

Mientras tanto, Telvin no había perdido el tiempo. Alistó todos los mecanismos de defensa, incluyendo el sistema de invisibilidad a base de un aparato que envolvía a la nave a modo de una cáscara

imposible de percibir a simple vista y que devolvía las ondas luminosas, con lo cual resultaba imposible detectarla por medios visuales. Conectó también el dispositivo antirradar y por último estudió los indicadores de lanzamiento de proyectiles.

Una vez hecho esto, aguardó, en tanto contemplaba el espacio que tenía bajo sus pies. A unos treinta kilómetros de distancia se veía una larga y estrecha lengua de tierra, adentrándose en el mar y fragmentándose en multitud de pequeñas islas en su extremo meridional. No pudo percibir más detalles, porque los mecanismos electrónicos de defensa excluían los medios ópticos de observación, de modo que hubo de contentarse con estudiar el terreno a ojo desnudo.

Un cuarto de hora más tarde se dio cuenta, con infinita sorpresa, de que no habían vuelto a dispararles otro proyectil y así se lo hizo observar a sus compañeros.

—No acabo de entenderlo —dijo después.

—¿Qué es lo que no entiende? —preguntó Helyssa.

—El torpedo. ¿Cómo han podido dispararlo tan oportunamente? Y aun esto es lo de menos. Lo más importante, a mi juicio, es cómo han sabido que nos dirigíamos aquí. Que se nos hayan anticipado —agregó—, no tiene nada de particular; a fin de cuentas, con correr un poco más, es suficiente. Pero que hayan sabido exactamente el lugar a que nos dirigíamos…

—Pudieron seguirnos a poca distancia y luego, en el momento final, rebasarnos —sugirió ella.

—Desde luego, pero entonces ¿por qué nos han disparado «de abajo arriba» y no a la inversa o bien horizontalmente?

—Quizá no quisieron arriesgarse a fallar el tiro y que el proyectil, al estallar contra el suelo, lo infectase de radiactividad.

—¿Radiactividad? ¿Y qué importancia puede tener en un planeta que se considera muerto? No, eso es algo que no acabo de entender…

—… Pero que no podemos resolver ahora —completó Helyssa la frase—. ¿Por qué no prueba de aterrizar?

Telvin asintió.

—Muy bien, lo haremos así —contestó.

Sin una palabra más, puso de nuevo en funcionamiento los motores de la nave, pues durante aquellos momentos habían estado

suspendidos inmóviles sobre el espacio merced al generador antigravitatorio, para aprovechar al máximo las condiciones de invisibilidad de la nave. Por ello mismo el descenso hubo de ser efectuado con gran lentitud, de modo que les costó más de dos horas tocar tierra.

Lo hicieron en un claro del bosque, cubierto enteramente sus bordes de malezas y de una vegetación como nunca habían visto, particularmente verde y espesa. De no haber sido por las copas de los árboles, el sol les hubiera castigado con fuerza, pero su misma frondosidad les procuraba una grata y fresca sombra, bajo la cual permanecieron unos momentos, contemplando el exterior antes de decidirse a abandonar la nave.

—¿Quién es el que dijo que este sistema solar estaba muerto? —preguntó el sargento con sorna.

Telvin miró a Helyssa. Ésta le devolvió la mirada.

—Por ahora —contestó el primero cautelosamente—, sólo se ven árboles y plantas. Este planeta debe de hallarse en los comienzos de su existencia, y tardarán siglos, seguramente, antes de que la vida animal haga su aparición sobre su superficie. Fíjense todos en que tenemos frente a nosotros una espesa jungla vegetal que es por donde, después de haberse solidificado lo que en un tiempo fue un globo de materia en fusión, comienza a desarrollarse un planeta apto para la vida.

—Telvin —dijo Helyssa—, usted se referirá sin duda a la vida humana, porque animal ya lo creo que la hay. Fíjese en eso: ¿ha visto alguna vez un bicho tan raro?

Todo el mundo se agolpó en la cúpula transparente al escuchar las palabras de la joven. Frente a ellos, a unos metros de distancia, se divisaba un extraño animal, cubierto todo su cuerpo de una dura capa córnea, con cuatro patas que le sobresalían del caparazón, al igual que la cabeza, dotada de dos minúsculos ojillos negros, y cuya velocidad de locomoción era ciertamente muy reducida.

—Lo que yo digo —comentó Telvin—; este planeta se halla en los albores de su existencia. Ese animal es de un tipo muy primitivo y…

El joven se interrumpió. Una risita acababa de sonar a su lado. Era Helyssa.

—Vida primitiva, ¿eh? —dijo ella—. Y eso ¿qué es, pues?

Un animal surgió de la espesura, enfrentándose con el anterior. Era también un cuadrúpedo, aunque de mayor tamaño que el otro, con unas patas bastante largas, cubiertas, como el resto del cuerpo, de un vello muy espeso, manchado en blanco y negro. Tenía cola y sus mandíbulas estaban armadas con fuertes dientes.

El cuadrúpedo se detuvo frente al acorazado y abrió la boca varias veces en rápida sucesión. Pero ni un solo sonido llegó a oído de los ocupantes de la nave.

—Conectaré el receptor externo —dijo Telvin, y al instante una catarata de ruidos extraños llenó la cabina.

—¡Espacio! —masculló Horni—. ¡Qué aullidos tan raros lanza ese animal!

—¡Cierre, cierre el micrófono, por favor! —rogó Helyssa, tapándose los oídos con las manos.

El estruendo era realmente ensordecedor.

Telvin dio media vuelta al interruptor y el silencio volvió a la cámara. Siguieron observando a los dos animales, dándose cuenta de que el primero había escondido la cabeza y las patas en el interior de la concha protectora.

Esto desconcertó bastante al otro, que, después de una serie de infructuosas tentativas, probó por otro sitio. Entonces, la cabeza del acorazado surgió repentinamente y mordió en el hocico a su rival. Éste escapó de allí, saltando y agitándose, presa al parecer, de vivos dolores.

Hubo una explosión de risas generales a bordo de la nave. El animal con conchas reanudó su lento avance una vez hubo calculado que ya podía hacerlo y la normalidad volvió a la jungla.

—Bien —exclamó el joven, cuando todo hubo pasado—, creo que deberíamos descender y efectuar algunas exploraciones en torno al aparato. ¿Les parece?

—Antes —sugirió Helyssa—, debería comprobar la radiactividad de este planeta. No podemos hacerlo sin tomar tal precaución; sería comprometer nuestras vidas.

Telvin asintió. Yéndose hacia el panel de instrumentos, hizo asomar al exterior un sensible detector, cuyas indicaciones fueron registradas automáticamente.

Después de unos momentos de atenta observación, dijo:

—Aquí no se observa ninguna radiactividad. Pero a unas

cincuenta millas de distancia hay signos de ella, aunque muy débiles. Creo que podemos bajar, procurando siempre no alejarnos mucho de la nave. Y, sobre todo, que nadie descuide sus armas; estos animales que hemos visto pueden ser terriblemente peligrosos para nosotros.

Las precauciones del joven fueron aprobadas por unanimidad. Todos se ciñeron un cinturón con pistolera, en la cual colocaron cada uno su respectiva pistola. Después se dirigieron a la esclusa de salida.

Telvin abrió la compuerta. Una oleada de aire perfumado les hirió en el rostro apenas la comunicación se hubo efectuado. Era una atmósfera cálida y sumamente agradable la que les daba la bienvenida a un planeta hasta entonces considerado como muerto e inhabitable.

—Me gustaría tener a mi lado al que se inventó esa fábula —masculló el joven.

—¿Eh? ¿Qué decía usted? —preguntó la muchacha, sorprendida.

—Nada, nada —rezongó él, saltando al suelo. La gravedad era casi la normal, ligeramente inferior a la de Emfir, pero tan pequeña era la diferencia que apenas si se notaba. En todo caso, se sentían más ligeros y más ágiles, lo cual, por el momento, no dejaba de constituir una ventaja.

Una vez en el suelo, se detuvieron mirando en torno suyo, como dudando acerca de lo que debían hacer. Al cabo, Telvin, extendiendo la mano con ademán convincente, decidió:

—Vamos hacia allí —y echó a andar, seguido inmediatamente por Helyssa y los otros.

Atravesaron el calvero y pronto se hallaron en el centro de la espesa jungla. Súbitamente, Helyssa lanzó un grito al mismo tiempo que retrocedía con rapidez.

—¡Miren! ¡Ahí! —exclamó, señalando con el dedo la rama de un árbol.

Un animal, de cuerpo cilíndrico y escamoso, moteado de verde y amarillo, estaba enroscado en torno a la rama, deslizándose con bastante rapidez hacia el tronco del árbol. Tenía la cabeza triangular, casi negra, y de su boca salía una lengua dividida en dos en su extremo, la cual aparecía y desaparecía con tan veloces movimientos que apenas si era posible seguirlos con la vista.

La bestia llegó al tronco y se deslizó hacia tierra, al mismo tiempo que emitía un penetrante silbido. Con gran cuidado, Telvin desenfundó la pistola.

—No dispare si no es absolutamente necesario —le recomendó ella.

Telvin asintió. Tenía fijos los ojos en el animal, cuyas intenciones no parecían ser las de atacarles. Al fin llegó al suelo y se escondió debajo de unas matas, reptando con rapidez.

—¡Espacio! —masculló Horni—. Vaya una clase de bichos que viven aquí. Si todos son como ellos, nos vamos a divertir bastante.

Continuaron su camino, rodeando el matorral tras el cual se había escondido la serpiente. El avance era bastante penoso, debido a la misma espesura de la vegetación, por lo cual el joven hubo de recurrir a liberar algunas descargas de la cosmopistola, con el fin de abrirse camino. La puso en máxima intensidad, con lo cual consiguió precisamente el objeto que se proponía, ya que por la misma velocidad y altísima temperatura de las descargas, los vegetales que eran quemados no tenían tiempo de transmitir su fuego a la parte no afectada por el disparo. De otro modo, hubieran corrido el riesgo de incendiar la jungla, con los peligros que tal cosa hubiera entrañado para ellos.

Un centenar de metros más adelante, una corriente de agua bastante ancha les cortó el camino. El líquido fluía mansamente y se advertía notablemente transparente, moviéndose numerosos peces en su interior.

—Creo que no merece la pena que atravesemos el río —dijo Telvin—. Sigamos su curso.

—¿Ascendente o descendente? —inquirió Helyssa.

—Pues… —Pero Telvin no continuó.

Interrumpiéndose bruscamente, tomó a la muchacha por un brazo y tiró de ella hacia atrás.

—¡Todos a cubierto, pronto! —ordenó.

El pequeño grupo retrocedió inmediatamente, situándose bajo la espesa copa de un árbol que se hallaba a pocos metros de distancia del río. Apenas lo habían hecho, una sombra negra, alargada, pasó lentamente por encima de sus cabezas.

Los dientes del joven rechinaron de rabia.

—Creo que nos han descubierto —masculló.

Miró a Helyssa. El rostro de la joven no daba señal alguna de emoción. Ella preguntó:

—¿Qué piensa hacer?

—Nuestras cosmopistolas son armas muy pobres para combatir contra los enemigos, siempre que éstos se hallen a bordo de su nave.

—¿Sugiere entonces que debemos regresar y levantar el vuelo?

Telvin asintió, el ceño fruncido.

—Es lo mejor que podemos hacer. En el espacio tenemos una opción para defendernos, mientras que, clavados en tierra, nos arriesgamos a ser destruidos sin remisión.

—Pero ellos habrán visto ya nuestra nave —objetó la muchacha.

—No, porque dejé conectados los mecanismos antidetectores. ¡Vamos, pronto!

Dieron media vuelta y echaron a correr, siguiendo el camino abierto a fuerza de pistolas. En pocos momentos llegaron al borde del calvero y el corazón del joven latió con más fuerza al comprobar que, afortunadamente, la nave continuaba en el mismo lugar.

Sin detener la marcha, cruzaron el claro. En unos segundos más, Telvin y sus compañeros llegaron al pie de la escotilla. El joven tomó a Helyssa por el talle y la izó a pulso con el fin de perder menos tiempo.

Tras la joven siguieron Horni y los otros. Telvin quedó el último y ya se disponía a subir cuando, de pronto, uno de los tripulantes se enfrentó con él.

La acción del individuo fue tan rápida, que Telvin no tuvo tiempo de reaccionar, un pie se apoyó en su pecho con fuerza y lo despidió hacia atrás.

Mientras caía, Telvin oyó una satánica carcajada resonar con metálicos ecos por encima de su cabeza. La risa quedó cortada al cerrarse la escotilla de golpe.

Todavía en el suelo, atontado y estupefacto por el inesperado incidente, Telvin vio a la nave dar un salto, vacilar unos segundos y luego remontarse en el espacio con increíble rapidez. El aparato disminuyó de tamaño hasta convertirse en un diminuto punto que muy pronto desapareció completamente de la vista del joven.

Durante unos minutos. Telvin permaneció en aquel mismo lugar y casi en la misma postura, como si no acabara de creer lo que le

había sucedido. Después, con gran lentitud, se levantó del suelo sin prisa.

Se sacudió mecánicamente los tallos de hierba y pajillas que se le habían adherido a la ropa. Después trató de coordinar sus pensamientos, con el fin de trazarse un plan para lo sucesivo.

Estaba solo. Tal fue la primera idea que acudió a su mente. Garzy, pues ahora ya sabía definitivamente quién había sido el traidor, se había desenmascarado él mismo al actuar de aquella forma. Seguramente había cogido también a los otros por sorpresa e, intimidándolos con la amenaza de su cosmopistola, les había obligado a hacer despegar la nave.

Pero las circunstancias en que se hallaba no tenían nada de agradable. Su soledad en un planeta deshabitado de seres humanos, a juzgar por lo que habían podido advertir, poblado únicamente por animales, algunos de los cuales parecían ser bestias tan feroces como peligrosas, constituía una situación en extremo incómoda. No le cabía la menor duda de que el tripulante traidor había fingido hasta llegar a aquel extremo y, a poca astucia que utilizase en el resto de su actuación, conseguiría llevar la nave nuevamente a Emfir. Con toda seguridad, habría matado al resto de la tripulación, aprovechándose de la sorpresa, y quedándose únicamente con Helyssa, la presa más codiciada por el asesino del Emperador. Ni siquiera se había arriesgado a dejarle a él en la nave, considerándole un elemento harto peligroso para tenerlo a bordo durante la semana que se tardaba en recorrer la distancia entre aquel planeta y Emfir.

Súbitamente, un ruido inesperado vino a sacarle de sus abstracciones. Se volvió sobre sí mismo, girando en redondo.

Un animal, muy parecido al que había visto anteriormente, aunque bastante mayor, corría hacia él, emitiendo aquellos sonidos tan peculiares que oídos a través de los micrófonos de la cosmonave, habían herido tan profundamente sus tímpanos.

La mano del joven voló a la culata de su pistola, pero ya era tarde. Con tremendo ímpetu, la fiera se le echó encima, derribándole de espaldas.

Las manos de Telvin buscaron la garganta del animal, tratando de inmovilizarlo antes de que éste le mordiera con aquellos colmillos tan afilados que se le veían en ambas mandíbulas. Notó al

tacto el pelaje de la bestia, áspero e hirsuto, de color pardo rojizo y percibió en su rostro el cálido aliento de aquella bocaza.

Forcejeó con el animal, sin poder desprendérselo de encima. Pero ¿qué hacía que no mordía? ¿A qué esperaba?

Inesperadamente, la larga lengua de aquella especie de perro salió de la boca y le acarició el rostro. El asombro de Telvin llegó al máximo.

El instinto, más que el conocimiento, le dijo que aquél era un gesto amistoso por parte de la bestia. Con suaves palabras, trató de tranquilizarla y al fin pudo conseguir echarla a un lado.

Se puso en pie. Era un animal enorme, que pesaría muy bien setenta kilos y medía lo menos ochenta centímetros de altura. Cuando atacase a sus enemigos debía ser muy peligroso… pero el caso era que en el momento actuar había resultado muy amigo del joven.

Telvin se arriesgó a pasarle la mano por el lomo. Aquella acción pareció agradarle mucho al animal, cuya cola se movió rápidamente de derecha a izquierda. El animal volvió a emitir aquellos sonidos tan peculiares.

—Bueno, bueno —dijo Telvin conciliador—, no te excites. Yo también quiero ser tu amigo. De esta forma, ninguno de los dos nos haremos daño y… Lástima que no puedas hablar; me dirías muchas de las cosas que suceden en este planeta.

Por unos momentos, el joven permaneció estudiando al animal. Luego, con un suspiro de resignación, encogió los hombros.

—Bien —se dijo—, será preciso buscar un modo de vivir. Siempre no voy a estar aquí —y el pecho se le dilató al pensar en que ya nunca más vería a la muchacha—. ¿Me habré enamorado de ella? —se preguntó.

Echó a andar, seguido por el animal, que no cesaba de dar saltos y cabriolas en torno suyo. Evidentemente, la bestia parecía muy contenta de haberle encontrado y, en medio de todo, Telvin también se alegraba, pues preveía que al menos contaba con un amigo, bien que éste fuera un ser irracional.

Súbitamente, el animal se detuvo. Telvin lo miró.

El pelaje del animal se erizó, en tanto que todos sus músculos se ponían tiesos y la cola quedaba recta y horizontal. Un ligero temblor recorrió todos sus flancos y, de pronto, abrió la boca y se

puso a ladrar de modo ensordecedor.

Durante unos instantes. Telvin no comprendió la actitud del perro. Pero luego, al darse cuenta de que éste gritaba a lo alto, levantó la vista.

Todo su ser sufrió un fuerte choque al darse cuenta de que, con relativa lentitud, una nave descendía hacía aquel claro, en uno de cuyos bordes se encontraba.

Por unos momentos, la esperanza hinchó el pecho de Telvin, pero muy pronto hubo de sufrir el más amargo desengaño al darse cuenta de que no era la cosmonave de Helyssa la que descendía hacia el lugar en que se encontraba.

CAPÍTULO X



a diferencia entre aquella nave y la de Helyssa era bien simple: el color obscuro, amenazador, apenas sin brillo, en contraste con el relucir del metal de la que les había llevado hasta allí. Fuera de esto, hubiera podido decirse que ambas naves eran gemelas.

Telvin no perdió mucho tiempo en inútiles elucubraciones. Dio media vuelta presurosa y se escondió tras un espeso matorral desde el cual podía ver sin ser visto. El perro le siguió.

Se agazapó al otro lado de los arbustos y miró. La nave continuaba su descenso, retardándolo más cuanto más se aproximaba al suelo. Finalmente, cuatro patas sustentadoras salieron de su vientre y se apoyaron en la hierba del claro. El aparato se inmovilizó a unos cincuenta metros del joven.

Telvin se dio cuenta de que el pelaje del perro se erizaba, síntoma indudable de una cólera mal contenida, lo cual le hizo admirar el instinto del animal. Éste gruñía sordamente y procuró

calmarle pasándole la mano repetidas veces por el lomo.

Una compuerta se abrió en un costado de la nave y por ella descendieron media docena de hombres, todos ellos armados con sendas cosmopistolas, Al frente de ellos iba uno, cuya presencia en aquel lugar, después de todo lo sucedido, no fue ya demasiada sorpresa para Telvin.

—¡Buscad por todas, partes! —ordenó Horff Winster—. No puede andar muy lejos. No disparéis; lo quiero vivo.

Los soldados asintieron y se esparcieron en todas direcciones, introduciéndose en la maleza. Telvin advirtió que todos sus nervios se le ponían de punta, pero procuró dominarse.

Así transcurrieron unos minutos angustiosos. Uno de los soldados pareció dirigirse al matorral tras el cual se hallaba, pero en el último momento varió de parecer y torció sus pasos. Una dura sonrisa apareció en los labios del joven.

Frente a él, a unos veinte metros de distancia se hallaba Winster, solo, paseándose frente a la escotilla de la nave, fumando un cigarrillo con cierto nerviosismo. Una cosmopistola le pendía del costado y Telvin empezó a calcular el tiempo que emplearía en salir de su escondrijo y caer sobre él.

La suerte le favoreció. Winster fue alargando sus paseos, precisamente en su misma dirección, hasta que una de las veces quedó a unos seis u ocho metros de distancia. Al volver la espalda, Telvin se puso en pie.

—¡Winster! —gritó.

El hombre se volvió rapidísimo, llevando la mano a la culata de la cosmopistola.

Pero se inmovilizó inmediatamente, cuando vio que la boca de un arma similar le miraba malignamente. Y detrás del arma se encontraba el hombre a quien con tanto ahínco buscaba.

—Aquí estoy, Winster —dijo Telvin, sonriendo—. ¿Qué es lo que quiere usted de mí? ¡Retire esa mano de la pistola, pronto!

El individuo obedeció. Estaba pálido pero sus pupilas no evidenciaban el menor temor.

—Si cree que le buscaba para matarle, está muy equivocado, coronel —dijo al cabo el ministro, con voz tranquila.

Telvin meneó la cabeza.

—No crea que con palabras se me engaña tan fácilmente,

Winster. Usted fue el que hizo volar mi nave para que no pudiera salir de Emfir, pero no contó con que Helyssa iría a buscarme para ayudarla a escapar de allí. Creyó tenerla bajo su férula, igual que al desgraciado Tiwol, ¿verdad? Ella no es de esa clase de gente; posee una personalidad mucho más acusada y, aun en el supuesto de que usted consiga atraparla, no podría sujetarla a sus siniestros destinos con la misma facilidad que el difunto emperador. Usted le proporcionaba a éste toda clase de placeres con tal de poder hacer y deshacer a su antojo. ¿Cree que conseguiría lo mismo con Helyssa?

Los pálidos ojos de Winster le miraron fijamente.

—Amrias, salga de ahí. Usted y yo tenemos que hablar.

—Muy bien —concedió el joven—, pero no se crea que me va a convencer.

Sin mover el dedo del disparador, Telvin rodeó los matorrales, saliendo fuera, al claro, y situándose a un par de metros de su interlocutor.

—Veamos lo, que quiere de mí. Winster. Sea claro y explícito y, sobre todo, breve.

—Tengo que hacerle una proposición. Me voy a proclamar emperador. Helyssa está acusada de la muerte de Tiwol. Por lo tanto, no puede heredar el trono. Yo lo haría y nadie se opondría a mis deseos… ni usted mismo cuando le nombrase comandante en jefe de la Guardia Solar y mi futuro heredero para el día de mi muerte. Soy bastante mayor que usted, aunque no muy viejo, pero, de todas formas, normalmente he de morir antes que usted.

Telvin sacudió la cabeza.

—Los emfirianos jamás aceptarían a un terrestre cómo su emperador —objetó.

Winster soltó una carcajada.

—¡Qué poco conoce usted a la gente, Amrias! Es probable que ahora lo recibiesen de uñas, pero más adelante todo se olvidaría. No hay cosa mejor que el tiempo para hacer olvidar las cosas, recuérdelo. Es una posición magnífica la que le ofrezco y no creo que nadie, en su lugar, se atreviese a rechazar la oferta.

—Pero usted olvida que también estoy acusado de complicidad en la muerte de Tiwol.

Winster se encogió de hombros.

—Eso es lo de menos. Daríamos a la publicidad una declaración

en la cual se habría de manifestar que todo fue un error. Una vez exonerado, nadie tendría el menor inconveniente en aceptarle como…

—¿Por qué hizo usted todo eso? —le interrumpió el joven bruscamente.

El ministro se envaró, en tanto que sus pupilas soltaban chispas.

—Porque quiero a mi patria —repuso—. No podía consentir que un hombre blando y degenerado la llevase a la ruina y que permitiese la disgregación del imperio. Yo lo reharé de sus ruinas y Emfir volverá a ser más fuerte y potente que nunca, contando con su ayuda, por supuesto, coronel.

Telvin preguntó:

—¿Y si no quisiera unirme a usted?

Winster meneó la cabeza lentamente.

—Sería una verdadera lástima —repuso—. Usted es un hombre que vale, coronel: duro, enérgico, astuto y con dotes de mando y organización. Bajo su iniciativa, la Guardia Solar se reharía y volvería a ser la compacta unidad de policía y vigilancia que fue hasta ahora, brazo derecho, armado y vigilante del imperio.

—Agradezco mucho sus elogios, Winster; pero no crea que con ello me convence.

—Entonces, peor para usted —contestó el otro fríamente—, porque tendría que suprimirle. Todo el que no está conmigo, está contra mí.

—A lo que veo —dijo sarcásticamente el joven—, usted no admite neutrales.

—En este juego no, claro está. Bien, ¿qué decide?

Telvin medito unos segundos, sin separar la vista del ministro. Al cabo, preguntó:

—¿Dónde está ella?

Una débil sonrisa apareció en los labios de Winster.

—Se refiere usted a Helyssa, naturalmente. Veo que le gusta y eso me complace. No se preocupe por ella. No ha sufrido ni sufrirá ningún daño. Podría hacer una esposa excelente para usted.

Telvin también sonrió.

—Tendría gracia que, más adelante, volviera a ser emperatriz, ¿verdad? No hay muchas mujeres que puedan alardear de tal cosa.

Los dos hombres rieron estruendosamente durante unos

momentos.

—Sí, es una idea divertida —exclamó Winster.

Súbitamente, el rostro de Telvin se endureció.

—¡No! —gritó—. No quiero unirme a usted. No quiero unirme a un traidor y asesino, por más ventajas que esta unión pueda reportarme. Sea lo que sea lo que le haya sucedido a Helyssa, jamás aprobaré sus siniestros designios, bajo los cuales y escondidos en la capa de un falso patriotismo se esconde un ansia de poder y una ambición sin límites. ¿Cree que no sé lo que haría usted conmigo más adelante? En el momento en que el imperio estuviese pacificado, me mandaría matar, porque no es persona que soporte la sombra de alguien que vale tanto o más que usted. Y yo aprecio mi vida lo suficiente como para no tirarla de cualquier modo, deslumbrado por el espejismo de una falsamente alta posición. Antes prefiero quedarme a vivir en este planeta que volver a Emfir a su lado, por muchas ventajas que esto pueda ofrecerme.

Los labios de Winster temblaron de cólera.

—¡Lo lamentará, Amrias! —gritó.

—Usted es el que va a lamentarlo, Winster —dijo el joven en tono duro—, porque lo voy a matar. Ésta es una ocasión magnífica para hacer justicia y no pienso desaprovecharla. Para los regicidas sólo hay una pena y usted sabe muy bien cuál es.

Telvin levantó la mano armada, pero no pudo apretar el gatillo. Algo muy duro cayó sobre su nuca, haciéndole ver las estrellas en pleno día.

Las rodillas se le doblaron y cayó de bruces al suelo. No obstante, no perdió del todo el conocimiento, a pesar de que tenía la mente turbia como consecuencia del golpe que le habían asestado por la espalda y que se sentía incapaz de hacer el menor movimiento.

Oyó que Winster hablaba con alguien.

—Gracias. Busca a los otros y reúnelos aquí; yo me quedaré vigilándolo.

—Sí, Excelencia —dijo el soldado, desapareciendo de nuevo en la espesura.

Durante unos momentos no ocurrió nada. Telvin permaneció en la misma postura, tratando de dominar el dolor que sentía en la región golpeada, al mismo tiempo que procuraba recuperar las

fuerzas. El tiempo transcurrió de una manera agónica, interminable.

Súbitamente se oyeron pasos cerca de él.

—Cogedle, Hemos de llevárnoslo con nosotros.

¿Qué hacía el perro que no atacaba? ¿Lo habrían matado?, se preguntó el joven.

Unos brazos lo alzaron del suelo. Telvin se arriesgó a entreabrir los ojos y vio que los soldados se encaminaban hacia la nave; Notó que ya podía moverse, pero quiso aguardar hasta el último momento.

Poco a poco se fueron acercando al aparato. Al fin, Telvin advirtió que ya lo iban a meter dentro. Entonces disparó a la vez brazos y piernas.

Cogidos sus guardianes por sorpresa, le soltaron. Algunos cayeron al suelo, confundidos con él. Telvin lanzó su puño alcanzando una mandíbula. El individuo se desplomó convertido en una masa.

Por encima de él oyó la voz de Winster que renegaba estrepitosamente.

—¡Sujetadlo! ¡No lo dejéis escapar!

Se puso en pie de un salto. Otro de los guardias se le arrojó encima, pero el joven lo despidió hacia atrás con un brutal puntapié en el vientre. El desgraciado se desplomó, aullando como un energúmeno.

Pero todavía quedaban cuatro, los cuales se abalanzaron sobre él, golpeándole despiadadamente. Telvin se defendió con todo el vigor que le infundía la desesperación, más pronto advirtió que la fuerza del número le haría sucumbir.

Repentinamente, un nuevo ruido vino a sumarse a los que producía la lucha. El corazón de Telvin se ensanchó en el pecho.

El perro intervino en la lucha. Derribó a un guardián y le clavó los afilados colmillos en la garganta. Movió las mandíbulas una vez y cortó en flor el grito de angustia del desgraciado.

Una cosmopistola tableteó, quemando la hierba cerca del joven. Los aullidos del perro infundían intenso pavor.

Súbitamente, los guardias dieron inedia vuelta y, atropellándose, entraron en la nave, cerrando la escotilla tras sí. El aparato se remontó antes de que Telvin ni Winster pudieran impedirlo y en pocos segundos se perdió completamente de vista.

Los dos hombres quedaron frente a frente, separados por los cuerpos de dos de aquellos desgraciados que habían perecido víctimas de la ferocidad del can. Éste, al lado de Telvin, con la boca ensangrentada, gruñía sordamente.

Winster retrocedió un par de pasos, muy pálido, pero teniendo todavía la pistola en la mano. El perro le ladró a la cara.

El dedo de Winster se contrajo bruscamente. Un intolerable fogonazo brotó de la boca del arma y el animal desapareció en medio de una nube de humo.

Telvin se mordió los labios. Ahora estaba solo frente a Winster, el cual sonreía torvamente.

—Hemos quedado tú y yo solos —dijo éste—, pero dentro de unos segundos, yo estaré solo, en tanto que tú…

Winster se Interrumpió. Una sombra acababa de ocultar el sol.

Levantó la vista sin poder contenerse. Lo mismo hizo el joven, cuyo pecho se ensanchó.

La nave de Helyssa descendía raudamente hacia aquel lugar. Winster comprendió al instante lo que sucedía y la cólera desfiguró su rostro.

—¡No! —jadeó—. ¡Tú no…!

Pero no pudo continuar: una llamarada de luz blanca recorrió el espacio en una fracción infinitesimal de tiempo, concluyendo en su pecho. Winster se retorció sobre sí mismo y luego cayó.

Diez segundos más tarde, Helyssa saltaba al suelo y corría hacia él. Detrás de la muchacha apareció Horni.

—¡Telvin! —gritó ella anhelante—. ¿Estás bien?

El joven sonrió, deteniendo su marcha con los brazos.

—Me encuentro perfectamente —dijo.

Ella le miró al fondo de los ojos.

—Oh, Telvin, hemos pasado unos momentos terribles. Ése… ese traidor… Garzy fue el que me envenenó. Obraba por orden de Winster… pero Horni supo vencerle… le cogió distraído, y…

—No es necesario que sigas; me figuro perfectamente todo lo que ha ocurrido. Hay que ser muy listo para derrotar a un tipo como Horni, ¿no es así? —Se dirigió el joven al aludido, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

El sargento le correspondió en la misma forma. Luego dijo:

—Bien, señor, y ahora que ya estamos en la Tierra, ¿qué es lo

que piensa usted hacer?

Los ojos del joven se dilataron por el asombro.

—¿Que… estamos en la Tierra? —balbuceó.

Helyssa le miró, sonriendo pícaramente.

—Pues claro que sí. ¿Dónde te figuras que estás?

—No lo entiendo. ¿Por qué, entonces, le llamaban a éste el Sistema Muerto, si en uno de sus planetas al menos se puede vivir perfectamente?

—Verás —dijo la muchacha—. La leyenda tiene algo de razón. Hace varios miles de años, diez o doce quizá, los hombres de la Tierra llegaron a un grado increíble de civilización, pero también dé salvajismo. Todos ellos estaban llenos de odios y rencores, de tal forma, que la guerra se hizo inevitable y el planeta ardió entre las llamas de una conflagración nuclear. Sólo se salvaron unas cuantas astronaves que patrullaban entonces por el espacio, cuyos tripulantes, al no poder volver a la Tierra por hallarse ésta empapada de radiactividad, decidieron emigrar a las estrellas. Lo consiguieron tras muchos esfuerzos… y éste es el origen de todo: de la Guardia Solar, del apelativo de terrestre y de la leyenda del Sistema Muerto. Con el tiempo, desaparecidos los primitivos terrestres, las cosas se fueron deformando y todo el mundo, incluso vosotros, supuso que se trataba efectivamente de una simple leyenda. Y ahora ésta —suspiró la muchacha— se ha convertido en realidad. La Tierra existe y estamos en ella, Telvin.

Telvin preguntó extrañado:

—Pero ¿tú, como lo sabes?

—Una vez… hace muchos años, viajaba con mi padre, siendo yo todavía una jovencita. Nos perdimos y caímos aquí. Estuvimos bastante tiempo, incluso llegamos a vivir con los naturales del planeta, observando todas sus reglas y costumbres, hasta que, por fin, papá, lleno de nostalgia, decidió volver a Emfir.

—¡De modo que la Tierra está habitada! —exclamó Telvin lleno de pasmo.

—Justamente. Y eso que nos pareció un torpedo disparado con la, intención de abatirnos no era sino un proyectil dirigido, que iba a situar un satélite artificial en órbita.

El joven se pasó la mano por la cara.

—No lo entiendo. Si la vida fue exterminada aquí…

—Olvidas que desde aquella conflagración que asoló el planeta han pasado miles de años. En todo este tiempo, la radiactividad ha desaparecido. Los hombres cayeron en un tremendo estado de salvajismo, Para salir del cual y llegar al grado actual de cultura les han hecho falta un centenar de siglos cuando menos. Ahora están tratando de volver nuevamente al espacio partiendo, como tus antepasados, de cero. También a ellos les costó mucho construir una astronave, pero, una vez estuvo hecha la primera, lo demás resultó mucho más fácil.

—Eso quiere decir… que nos vamos a quedar aquí, Helyssa.

—Claro que sí. Hemos de ayudarles…, pero, naturalmente, no vamos a ir ahora al lugar donde lanzan los proyectiles y presentarnos. No nos creerían y nos tacharían de locos. Dejaremos pasar algún tiempo, nos mezclaremos con ellos y viviremos de la misma forma en que viven. Después…

Telvin rodeó con los brazos el talle de la muchacha. La miró al fondo de los ojos.

—¿Por qué no nos preocupamos un poco de lo que vendrá antes de ese después? —preguntó.

Los labios de Helyssa temblaron. Sus pupilas se humedecieron.

—¡Telvin! —susurró, pero no pudo decir nada más, porque ya el rostro del joven se inclinaba sobre el suyo.

Horni giró sobre sus talones. Se enfrentó con los otros dos tripulantes.

—¡Curiosos! —les apostrofó—. Hay que ser un poco más discretos… en algunas circunstancias.

Unos segundos más tarde, Telvin se separaba de la muchacha.

—Tenemos que resolver un problema, Helyssa.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—La nave. No podemos dejarla aquí.

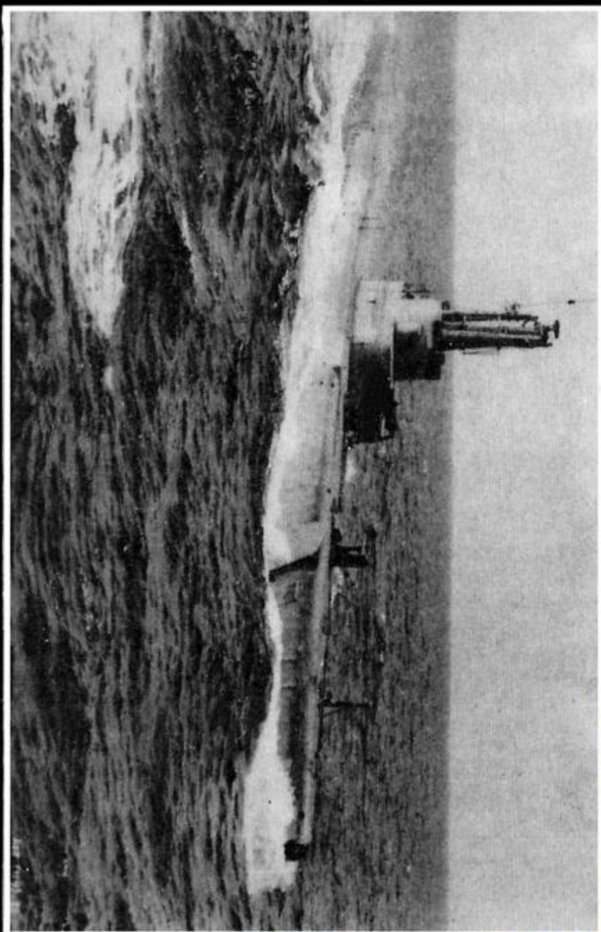
—Con su permiso —dijo entonces el sargento—. Nosotros nos volvemos. Hemos de buscar nuestra pareja en Emfir. Luego regresaremos.

Telvin Estrechó la mano del sargento.

—Estaremos esperándoles —dijo.

Cogió a Helyssa por el talle y estuvieron contemplando la nave hasta que la vieron desaparecer en el espacio. Después, dando media vuelta, echaron a andar.


FIN




Escena de la película TORPEDO

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8.pesos



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.